



NARRAR LA CIUDAD DESDE OTRA MIRADA

Un rosarino en bicicleta

ENSAYO FOTOGRÁFICO: EL RUIDAZO. **CRÓNICAS:** CASA SAER. UN DÍA EN EL CASTAGNINO. EL SECRETO DE LOS PIZZEROS. BASTA DE DERRUMBES. **ENTREVISTA:** NEGRO IELPI. **COLUMNISTAS:** SONIA TESSA, ALBERTO GIORDANO, CAROLINA TAFFONI

PERDÓN

TE QUIERO

MUY BIEN

BUEN DÍA

GRACIAS

SALUD!

SUERTE

POR FAVOR

HAY PALABRAS QUE TRANSFORMAN.



CÁMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA
DE SANTA FE

El diálogo transforma.

Antonio Bonfatti
Presidente

STAFF

barullo

Directores

Horacio Vargas
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Diagramación

Fabiana Colovini

Fotografía

Sebastián Vargas

Colaboran en este número

Javier Núñez
Marcelo Scalona
Edgardo Pérez Castillo
Jorge Salum
Sonia Tessa
Carolina Taffoni
Alberto Giordano
Miguel Roig
Mauro Aguilar
Horacio Çaró
Rubén Echagüe
Leonel Giacometto
Andrés Macera
Agustín Vargas

Revista Barullo

Sarmiento 825, Rosario
barullorevista@gmail.com
www.barullo.com.ar (en construcción)

Suscripciones

suscripciones@barullo.com.ar

ISSN 2618-5288

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

BARULLO no comparte necesariamente las notas y opiniones publicadas en este número.

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones

Impresión

UNR Editora
Urquiza 2050, Rosario
480-2687
info-editora@unr.edu.ar

BARULLO integra la Asociación de Revistas Culturales Independientes de Argentina (ARECIA)



EDITORIAL

Rosario, esta ciudad

En noviembre de 1970, la Vigil lanzó a la calle un libro que combinaba textos de escritores rosarinos con fotografías en blanco y negro que mostraban a la ciudad como nunca se la había visto. En esas entrañables páginas, Jorge Riestra la describía así: "...sacudiéndose con el estallido de las convulsiones sociales, triunfando y fracasando, volviendo a luchar, rehaciéndose; imitando, reclamando, dependiendo, menospreciándose y negándolo a la vez, indignándose; así de contradictoria pero viva: fervorosa, negligente, revolucionaria, temerosa, pujante, rutinaria, creadora, indiferente, luminosa, gris: un enigma; y buscando, buscándose: como descuartada de su historia pero intentando parirla, menos aristocrática que nunca. Lo que será se esconde en el corazón de los días".

El libro se llamaba **Rosario, esa ciudad**. Y dejó huella.

Han pasado casi cincuenta años desde entonces: mucha agua bajo el puente. Estamos en el corazón de esos días de los que habló el narrador. En ese lapso Rosario ha crecido de manera impensada y dado pruebas, simultáneamente, de ser dueña de una poderosa identidad cultural. Sin embargo, al compás de los sucesivos desastres que golpearon a la Argentina, en su geografía cada vez más compleja han crecido también las desigualdades: tanto, que a veces parece haber varias ciudades dentro de una sola. El desafío se llama futuro, aunque esta época despiadada no permita apartar la mirada del presente.

BARULLO quiere retomar el ejemplo que dejó aquel inolvidable libro de la Vigil. La consigna es simple: crear un espacio plural, unir géneros y generaciones en la tarea de la escritura, con dos premisas innegociables: rigor y honestidad. Cuando el universo digital parece haberse convertido en tiranía invencible, nosotros confiamos en la nobleza del papel, en el murmullo de las páginas que alguien da vuelta sobre la mesa de un café, en el acto político y luminoso de la lectura. La premisa es movernos: mirar, contar, compartir, nombrar.

La cultura hace ruido en Rosario. No hay manera de silenciarla. BARULLO quiere compartir esa música con el país entero.



SUMARIO



06



14



22

06 | SE COME PERO NO SE CUENTA

Algunas de las mejores pizzas de Rosario están rodeadas de misterio. El Servicio Secreto Gastronómico (SSG) cuenta, por ahora, con agentes leales.

08 | LA REVOLUCIÓN EN EL AIRE

“No hay ingenuidad cuando enarbolamos la palabra revolución, porque algo sí sabemos: nada es igual, nada será igual”, escribe nuestra columnista Sonia Tessa.

10 | RUIDAZO

Ensayo fotográfico de Sebastián Vargas sobre las protestas sociales en la era Macri.

13 | LA MULTITUD

La columna de Miguel Roig desde Madrid recordando el Rosario.

14 | DIARIOS (ROSARINOS) DE BICICLETA

Nota de tapa. Recorrer la ciudad a pedal hace que uno se sienta más en contacto con la vida real.

19 | “BASTA DE DEMOLICIONES”

La desigual lucha de vecinos contra la impiadosa pica que amenaza a caserones con alcornia, edificaciones plebeyas y suntuosos edificios erguidos a la vera del Paraná.

22 | ENTREVISTA AL NEGRO IELPI

Cita a Tomás Eloy Martínez: “Cada vez que me preguntan qué cosas del pasado recuerdo con más intensidad, contesto con una involuntaria paradoja: lo que más recuerdo es lo que no he visto”.

28 | EN BUSCA DE LA CASA SAER

Un viaje a Serodino, al almacén de ramos generales del abuelo del Juani, turquito reservado y olfa, cuyas composiciones literarias eran deslumbrantes a los diez años.

31 | UN DÍA EN...

el Museo Castagnino. Escribe Javier Núñez.

34 | MÚSICA, ARTE, TEATRO Y LIBROS



10



19



28

LOS EDITORES



HORACIO VARGAS

Periodista, escritor y productor discográfico. He cumplido con lo que sugería José Martí: “Hay tres cosas que cada persona debería hacer durante su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro”. Planté un árbol (en mi casa de calle Valentín Gómez), tuve dos hijos (que continúan el camino; y la mujer de todos los días), escribí siete libros... edité 100 discos de jazz (con BlueArt Records), fundé con Pablo Feldman el diario Rosario/12 hace 29 años, y tengo un Grammy Latino en la biblioteca (¡ja, puedo pasar a la historia rosarina por ese premio!).



SEBASTIÁN RIESTRA

Escritor y periodista. Amo a mis dos hijas, de 24 y 3 años. Tengo muchos más libros y discos de los que podría leer y escuchar en varias vidas, y eso me hace feliz. También me hacen feliz la mujer que quiero, los amigos, el whisky, el ajedrez, el revés de Roger Federer y la fugazza con queso de la Santa María.



PERICO PÉREZ

No tengo ningún título nobiliario y un apellido común, pero ser designado como Lama de la Cultura de la Ocal vale tanto o más que un título. Una vez Reynaldo Sietecase me preguntó qué palabra me representaba, y elegí la P de pasión. Publiqué más de 1000 libros y 10 revistas, por eso sigo apostando a proyectos como BARULLO, a pesar de los tiempos que vivimos. Me puedo sentir realizado: publiqué un libro, planté varios árboles y tengo tres hijos. Me gusta organizar charlas, conferencias, presentaciones, congresos, ferias del libro y todo lo que tenga relación con la cultura y especialmente con Rosario.

LOS QUE ESCRIBEN

MAURO AGUILAR. Soy periodista, toco el piano en una banda de rock y hago stand up, pero sólo me destaca con una costumbre en peligro de extinción: el asado.

SONIA TESSA. Periodista feminista. Me gusta escribir como nada en el mundo y sobre todo, en el suplemento Las 12, de Página/12. También hago radio en Juana en el Arco, por Radio Universidad y televisión en Ningunas Locas, por 5RTV.

BEATRIZ VIGNOLI. Soy escritora a secas, periodista cultural, traductora profesional, curadora independiente y jardinera aficionada. Escribo en Rosario/12 desde 1991. He publicado libros de poesía y narrativa de ficción y no ficción, donde temo que a veces se complica discernir cuál es cuál.

MIGUEL ROIG. Escritor y periodista rosarino que reside en Madrid. Es coeditor de la Revista Socialista y socio fundador de Mongolia, revista satírica mensual española. Escribe una columna en el diario.es y en Perfil. Sus últimos libros son *El marketing existencial* (Península, 2014) y *Conversaciones con Alberto Garzón* (Turpial, 2016)

JORGE SALUM. Periodista. Trabajé en la revista Rosario y en Rosario/12. Soy prosecretario de redacción de La Capital, además de escribir en otros medios rosarinos y de otras ciudades. Soy un ciclista aficionado y un cicloturista incipiente. Como David Byrne, donde voy trato de andar en bicicleta.

HORACIO ÇARÓ. Periodista. Trabajé en LT8, LT3 y otras radios de la ciudad. Fui jefe de la sección Ciudad del diario El Ciudadano, editor general de Crónica Santa Fe. Actualmente soy editor del diario digital Redacción Rosario y columnista en el semanario El Eslabón, producidos por Cooperativa La Masa, y columnista en Noticias Piratas, de Radio Universidad, y Poné la Pava, en Radio Rebelde.

EDGARDO PÉREZ CASTILLO. Periodista, guionista, y trompetista criado en Rosario. Dedicué mi camino periodístico a la difusión de la cultura de esta ciudad durante 18 años como redactor y editor de Cultura en Rosario/12. Desde 2008 como productor y guionista en Señal Santa Fe. Y ahora, también, haciendo BARULLO.

MARCELO SCALONA. Escritor, poeta, periodista, editor y profesor de escritura creativa. Publiqué las novelas *El camino del otoño*,

Enrarecido, *El portador* y *El hotel donde soñaba Perón*; los libros de cuentos *El altillo de mis oficinas* y *Compostura de muñecas* y los poemarios *Mapa* y *El mar*. Colaboro habitualmente en los diarios Rosario/12 y La Capital.

JAVIER NÚÑEZ. Escritor y coordinador de talleres literarios. Soy hincha de Newell's y padre de tres hijos. Lector compulsivo de libros e historietas, crecí tratando de contar mis propias historias. Con *La doble ausencia* gané en México el premio Sergio Galindo a primera novela. Mi último libro es *La feroz belleza del mundo*. Tengo algunas cuentas pendientes, viajes que ya no podré hacer y sueños a los que no renuncié. No creo mucho en Dios ni Dios cree mucho en mí, y así quedamos a mano.

CAROLINA TAFFONI. Periodista. Escribo sobre rock y sobre cine desde hace 25 años. Trabajo en el diario La Capital, escribí en mi propio blog (Contra las cuerdas) y en la revista Rolling Stone. Fan de Bowie, los Stones y Bruce Springsteen. No cocino y rara vez lavo los platos. Cuando cumplí 15 pedí que me regalaran una videocasetera.

RUBÉN ECHAGÜE. Nací en Rosario, como podría haberlo hecho en Corinto o en Alejandría. Para los artistas plásticos soy poeta y para los poetas artista plástico, condición anfibia que me desespera. Dirigí el Museo Castagnino y más tarde, en la Biblioteca Argentina, fui un ratón de biblioteca feliz. Amo a Wislawa Szymborska por lo sana y al Conde de Lautréamont por lo enfermo. Y en cuanto a los mitos del mundo contemporáneo, me son ajenos e inabordables: no tengo celular, y la vez que opiné sobre la estética de un tatuaje, resultó ser una várice

LEONEL GIACOMETTO. Nací y vivo en Rosario hace 42 años. Escribo, fundamentalmente, teatro, narrativa y algo de periodismo cultural. Dirijo teatro de vez en cuando. Mi último libro: *La mala fe y otras obras* (Baltasara editora). En 2018 gané un Premio ACE como mejor autor argentino por *Monte Chingolo*.

ALBERTO GIORDANO. Soy crítico y ensayista; “un profesor que escribe”, para ser más precisos. Publiqué libros de ensayos y dos volúmenes de un diario que llevo en Facebook.



PIZZERÍAS DE LA CIUDAD

Se come pero no se cuenta

Por **Mauro Aguilar**

El tipo es flaco. Canoso. Los ojos oscuros. Está erguido, serio. El delantal blanco. Blanco de tela, blanco de harina. Pero olvidate de eso. Olvidate por un segundo. Mirá las manos. Yo sé lo que te digo. Quedate con las manos, el movimiento de los dedos. El tipo flaco, blanco, canoso, sabe que hay un momento en el que ya puede confiarle a la masa su misión más trascendente: convertirse en pizza. Disimula. Lo ves así, como haciendo algo terrenal, y jamás vas a pensar que él, rodeado de muzzarella, aceitunas y tomates, tiene algo que lo une con Peter Parker, con Bruno Díaz, con Hijitus. El maestro pizzero también atesora un secreto. Quiero saber cómo hace lo que hace. Pero no hay caso: no lo dirá. La pizza se elabora, se come, pero no se cuenta. Un secreto es un secreto. Y algunas de las mejores pizzas de Rosario están rodeadas de misterio. El Servicio Secreto Gastronómico (SSG) cuenta, por ahora, con agentes leales.

Toma 1. José es mozo. Un día se presentó en Via Apia y se quedó para siempre. Pellegrini al 900 era distinta en 1965. Las mesas llegaban hasta calle San Martín. José tenía 24 años y dice que a esa edad —como Súper Hijitus— “volaba”. Vio pasar a clientes de tres generaciones por el local que pronto celebrará 54 años de tradición, de mística, de pasión por la comida. José debe ser socio vitalicio del SSG porque cuando le pregunto por su pizza preferida juega al misterio. “Todos los gustos”, responde enigmático.

Por el local desfila gente famosa, pero los clientes se siguen tomando fotos con él. Es un ícono del comercio. Y es extraño: José es un agente que no teme que su rostro se conozca, se difunda, se viralice.

Martín Rougier está casado con la nieta de los fundadores y es un todoterreno del lugar. Explica que cada pizza es “única” y que su elaboración demanda unos doce minutos. Habla de la muzzarella,

pero hasta ahí. “No te voy a decir la marca”, advierte. Faltaba más. Ya empiezo a entender esta lógica. Martín cree que la pizza es un clásico porque es práctica, económica y porque, desde su forma redonda, invita a reunirse y a compartir en derredor de ella. La pizza también apasiona, fanatiza, habilita planteos. “¿Qué pasó que sacaron la de humita de la carta?”, le preguntaron a Martín hace un tiempo. El cliente estaba inquieto. Reclamaba por la aparición con vida de la de humita. No fue el único. Y la de humita, un día, volvió. Ilesa.

El SSG no puede bajar la guardia. Un chef rosarino afincado en Europa ronda cada tanto el local. “Vengo a comer pizza porque me encanta. Pero también para descubrir cómo la hacen”, confiesa a los mozos. La búsqueda de la poción mágica lo llevó a bordear la locura: utilizó papa creyendo que ahí estaba el secreto. Falló. No está claro si el laboratorio voló por los

aires. En Via Apia se ríen por la ocurrencia: saben que la fórmula está preservada.

Toma 2. Se rueda en Fisherton. Creo estar en presencia de una de las fundadoras del SSG. Rosa tiene 90 años. Su alias le permite pasar desapercibida: Pocha. Pochas hay muchas. Pero ella, a diferencia de otras, fundó en noviembre de 1978 El Barrilito. Se fundió con su almacén de ramos generales, abrió el bar y empezó a amasar. Cuarenta pizzas a la mañana y otras cuarenta a la tarde.

—¿Y cuál es el secreto, Rosa?

Quizás porque está más allá de todo desliza algo. “Amasarla bien, pero no mucho”, advierte. ¿Y cuánto es mucho? Mucho es una medida imprecisa, salvo que se trate de un recital completo de Diego Torres. Pocha es como una tarotista: dice, pero no dice. Más bien da a entender.

Federico Mysuta, el nieto de Pocha, sonríe. Es la tercera generación de una familia que hizo de El Barrilito su casa. Suena lindo, pero es real. Viven arriba del local, en Córdoba al 7700. La pizza “es amor”, según describen los Mysuta. Pero también pueden ser números. En El Barrilito se venden unas 350 por semana.

En la página anterior, los mozos de la Santa María.

En esta página, horno a leña en Via Apia. ¿Habrás otro igual?

Para abastecer esa demanda se compran 80 kilos de muzzarella, 30 de jamón cocido, otros 30 de pollo y unos 85 de harina. Todo para producir una pizza al molde, “media masa”, que ya es un clásico irresistible. La Especial lidera el ranking. La de pollo a la crema con panceta pelea en el segundo lugar. Algunos quieren “el disco más fino” que haya. Otros, el jamón arriba. “Una locura”, según la mirada de Federico. Están los que recorren geografías escabrosas combinando ajo, aceitunas y anchoas. “Extravagantes. No le dan un beso a la pareja ni en pedo”, bromea Federico.

Sigo la recorrida. Toda sociedad secreta tiene que tener opositores. Sólo debo encontrarlos.

Toma 3. Una noche en Alberdi. “La pizza no tiene ningún secreto, ¿entendés?”. Daniel Miniello está en una oficina pequeña. Esa habitación es como una mamushka, dentro de otra más grande. La Palmera se fundó en junio de 1980 y fue creciendo hasta que la pizzería se comió toda la casa familiar de Rondeau al 4200. Suena el teléfono. Daniel toma pedidos. Corta y vuelve con la idea: “La pizza necesita tiempo para descansar. Es un trabajo artesanal. La masa es nervio, es algo vivo. Agua caliente, sal, aceite, levadura. Y si el que la hace no está bien, se nota”.

Daniel se pone filosófico. “¿Sabés cuál

es el secreto? Vivir sin disfrutar la vida, trabajando de lunes a lunes para atender bien al cliente”. Cuenta que así logró que la gente “se aquerencie” con el lugar. Supo tener clientes que compraban pizza las treinta noches del mes. “Te lo juro. No sé si por comodidad o qué, pero me pasó”. En La Palmera no creen en secretos. Martín, el maestro pizzero, trabaja desde hace dieciocho años a la vista de la gente. Pasa la masa, “el nervio vivo”, de una mano a la otra. Los clientes miran el espectáculo con desgano. Ya están acostumbrados. A los malabares. Y a ese sabor que ya es una marca registrada en el barrio.

Toma 4. Termina la recorrida y tengo hambre. “Traeme dos de anchoa y dos de jamón y queso doble”. Los dueños de la tradicional Santa María, en Garay al 900, deben ser el ala dura del SSG. Directamente se niegan a hablar. “No estamos acostumbrados”, se excusan. Desconozco si en la cocina está el oráculo. Algunos dicen que sí. Otros lo desmienten. Fama tienen. Como el doctor Favalaro. O como Charlotte Caniggia, ¿quién sabe? Pago la cuenta y abandono Santa María. Es medianoche. Los autos recorren la avenida San Martín con premura. Detrás de una pared veo a un hombre que me observa con recelo. Quizás sea un integrante del Servicio Secreto Gastronómico. Tal vez sólo un efecto provocado por el exceso de cerveza. Prefiero no averiguarlo.

SEBASTIÁN VARGAS



La revolución en el aire

Por
Sonia Tessa

Se respira otro aire en la calle, en los colectivos, en las oficinas. Se escuchan todos los días frases que antes eran una anomalía. Las más jóvenes no dejan pasar ni una violencia, son conscientes de que está en sus manos construir otro mundo. El tema son los vínculos. Donde había violencia, donde había jerarquías, hay límites, hay revisión de los estereotipos. En cada espacio compartido hay una sorda batalla cuerpo a cuerpo. Nada es para siempre, cada vez hay que volver a recordar que las violencias invisibles son aquello que sostiene al patriarcado.

Y está la calle, donde cada día son más las mujeres y las identidades disidentes que van corriendo los límites de lo que se puede pensar. Son ellas, las pibas, las adultas, las medianas y las viejas, las que fueron amasando nuevas palabras. El 8 de marzo de 2019, el mundo —sobre todo el mundo occidental pero no solo— crujió con esta revolución. Más contundente que el Paro Internacional de Mujeres de 2018, la medida de fuerza global de este año demostró que esta fuerza es irreversible. No habrá forma de lograr que triunfe esa restauración conservadora que encarnan las derechas y las iglesias pero esperan agazapados y deseantes millones de machos heridos por haber perdido —por estar en proceso de perder— sus incontables privilegios.

Hay quienes dicen que la revolución no es tal porque no conmueve los medios de producción. Son los mismos que durante años se aprovecharon de las tareas de cuidado invisibles, esas que llaman amor pero es trabajo no pago. Son los mismos que durante siglos ejercieron su poder patriarcal como un látigo contundente, y respondieron a las críticas con un banal “no te aguantás un chiste”. Son los mismos que nos dijeron locas, malcogidas, incogitables, brujas, ignorantes, vanidosas. Son los mismos que nacieron sabiendo cuál era su lugar en el mundo: el centro.

Ahora, en las calles, son los que se quejan porque no los invitamos. Y bueno, esta vez, como siempre nos pasó a nosotras con asados y reuniones de amigos, les toca quedarse afuera. Es apenas un ejemplo. Fue mucho más violento lo que hemos sufrido desde tiempos inmemoriales: las tortas escondiéndose para sobrevivir, no perder el empleo, no ser repudiadas. Las tortas que ahora se pueden mostrar orgullosas a los besos por la calle pero antes, no hace tanto, tenían que escudarse en la palabra amigas. Las travas que ni siquiera vivieron el refugio de los afectos más íntimos, rechazadas muchas veces por sus propias familias, lanzadas a la calle, a la desprotección. Esas travas que ahora cantan sus canciones, levantan sus banderas, crean sus bachilleratos.

Hubo y hay una revolución. Es irreversible. No somos ingenuas: sabemos el poder de las instituciones que impulsan una restauración para devolver el lugar central a la biología —ciencia positivista si las hay— y desmonte lo que llaman —con letra y música de Joseph Ratzinger, el papa que debió renunciar— “ideología de género”.

Y por las calles de una ciudad cualquiera del vasto mundo, el 8 de marzo hubo 60.000 personas, en su abrumadora mayoría mujeres. Las había jóvenes y viejas, había trans, travestis, no binarias, tortilleras. Todas, todes, saben lo que es habitar un cuerpo feminizado. Una experiencia intransferible. Por eso se les pide a ellos un respetuoso silencio: aprendan, reflexionen, cuestionen todo aquello que aprovecharon sólo porque era lo que “naturalmente” les correspondía, y luego vengan a admirarnos con respeto: somos nosotras y nosotros quienes desmontamos esas violencias para construir un mundo mejor ahora mismo, no el año que viene ni cuando tomemos un supuesto poder que en realidad, es el poder que nos confiere nuestro entramado colectivo en cada plaza, en cada esquina, en cada oficina, en cada fábrica, en cada encuentro, ese poder de decir que no, de negociar las reglas en igualdad. Y falta, muchísimo falta. En la Argentina una mujer es asesinada cada 29 horas. Nuestra revolución es interseccional pero hay muchas, muchísimas, que ni siquiera pueden defenderse. Sabemos que estamos en deuda con las más vulnerables, con las que no saben leer ni escribir, con las precarizadas, con las migrantes, con las indigentes. No hay ingenuidad cuando enarbolamos la palabra revolución, porque algo sí sabemos: nada es igual, nada será igual. Vamos a cambiarlo todo.



UNR EDITORA

Encontrá tus libros en

Librería Universitaria
Maipú 1065 PB

Stand UNR Editora
Córdoba y Corrientes

UNR Editora
Urquiza 2050 PB

y también en otras librerías



**Universidad
Nacional de Rosario**

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA



Ruidazo

Obra realizada entre los años 2016 y 2018 por el reportero gráfico de BARULLO y Rosario/12 Sebastián Vargas, en las manifestaciones contra los “tarifazos” del gobierno nacional

Por **Beatriz Vignoli**

Un rallador y un jarro de aluminio. Una lata de aceite de oliva y un destornillador. Parejas desparejas de utensilios domésticos, reunidas por la urgencia de la bronca humana. Juntas con una única función: amplificar el grito. Un hombre, una mujer, no deciden sus rasgos pero sí sus consumos. Por eso, al retratar las cosas de las que alguien se rodea cotidianamente, al mostrar lo que se tiene más a mano, Sebastián Vargas hace verdaderos retratos. Muestra gustos y personalidades, hasta profesiones. Sus yuxtaposiciones pertenecen por su contenido literal y manifiesto a la tradición del género pictórico del bodegón, pero su contenido metafórico latente las inscribe en la noble genealogía artística del retrato.

Hay además decisiones del fotógrafo que refuerzan esto: el flash como un tenebrismo de la instantánea. Los volúmenes de color emergen de la oscuridad fuertemente iluminados, no

por la luz eterna pintada con esmero en las modulaciones al óleo del claroscuro barroco, sino por el impacto de captar el presente.

Reportero gráfico que usa sus herramientas de periodista de la imagen para conjugar el documental y el arte, Sebastián como artista contemporáneo profundiza su búsqueda y va en pos de los protagonistas. Los aísla de la multitud. Los individualiza. No son cifras de una masa ni órganos de una organización. Son vecinos, descontentos, luchando por su derecho a no pasar calor ni frío. La pelea es desde el cuerpo y por el cuerpo. Sin sus textos, quedan los cuerpos y las ropas, y las miradas. Estas fotos de manifestantes solitarios, con o sin su otro significativo del día a día, con o sin sus pancartas caseras pergeñadas en la furia del momento, representan un modo de hacer política que es muy de esta época.





AMBOS MUNDOS

La multitud

Por
Miguel Roig

Me pregunta el editor si Rosario es Barcelona. No tengo la más mínima idea, le respondo. Puedo escribir sobre la Revolución Francesa, anoto en un Whatsapp desde Madrid, después de dejar en el regazo, boca abajo, 14 de julio, el último libro de Éric Vuillard (Tusquets, 2019), una novela apoyada en la investigación de todos los archivos disponibles sobre el cambio de hora histórico que se produjo en el siglo XVIII. El editor me da su consentimiento, pero advierte: que tenga un anclaje en Rosario. Pienso que la conversación es un barullo y mientras lo pienso, regreso al libro.

En 14 de julio se enhebran, uno tras otro, los vecinos que ha conseguido rescatar Vuillard de los papeles. Muchos de los que están ese día en las calles de París: una multitud. ¿Qué es una multitud? No responde a esta pregunta Vuillard, que se hace a sí mismo antes de comenzar a enumerar nombres y más nombres en el libro para detenerse en el del carretero Louis Tournay, vestido con un chaleco azul, con apenas veinte años. Tournay se trepa al tejado del cuerpo de guardia de la Bastilla, a la vista de todos. «El tiempo muere un instante en él», escribe Vuillard. Está en el Gran Patio de la Bastilla, el pasaje que conduce al puente levadizo: un pequeño pasillo que va desde el Antiguo Régimen hacia otra cosa.

Minutos antes, un disparo ha partido desde lo alto de las torres. Alguien es alcanzado, cae y queda inmóvil en el suelo. La gente sale, poco a poco, de las sombras, de los portales donde se protegen, para gritar con voz grave: “Asesinos, asesinos”. La multitud.

Casi dos siglos después, en otro hemisferio, en otra ciudad, en la que no hay Bastilla pero acontece una batalla, el 21 de mayo de 1969, casi a las seis de la tarde (exactamente a las 17:58 horas, según el cronista de Boom, la revista de Rosario) se escuchan los mismos gritos: «Asesinos, asesinos». Más de dos mil personas, reunidas en la esquina de Córdoba y Maipú, sentadas en medio de la calle, paradas en las veredas o en las vidrieras de los comercios y las escalinatas del Jockey Club, esperan. Es un miércoles y el sábado 17, cuatro días atrás, el oficial inspector Juan Agustín Lezcano le quita la vida de un disparo a un estudiante, Adolfo Ramón Bello. Esa noche, la del sábado, cae otro joven: Luis Norberto Blanco, un obrero metalúrgico de 15 años.

El país está bajo la dictadura que encabeza el general Juan Carlos Onganía y, en Rosario, el sábado 17, hacia el mediodía, los universitarios replican las protestas que ya se han iniciado en Corrientes y a las que acaban sumándose las principales ciudades del país. En distintos puntos del centro, cerca del mediodía, los estudiantes arrojan volantes. Se escuchan, como un presagio, como un eco de la historia, los mismos gritos: “Asesinos, asesinos”. Mientras tanto, en el comedor universitario, la asamblea se inflama y un estudiante, subido a una mesa, llama a la lucha y “a la unidad de obreros y estudiantes”. Más tarde, salen todos a la calle y cortan el tránsito. Hermes Binner, que cursa el último año de la carrera de medicina, está allí. Cuenta que la policía comienza a rodearlos, algunos con el arma en la mano y otros repartiendo garrotazos. Suenan tiros y todos corren hacia la calle Córdoba. El grupo en el que está Binner entra a la galería Melipal, sobre Córdoba, hoy peatonal, y al ver que la galería no tiene salida, suben por las escaleras que conducen a los pisos de oficinas. De pronto, se escucha un disparo que retumba desde abajo y cuyo eco asciende y los paraliza. Es el que acaba con la vida de Adolfo Ramón Bello.

Al día siguiente, el cortejo fúnebre recorre la ciudad camino al cementerio La Piedad. Cuando pasan por la calle Alsina, entre Tucumán y Urquiza, soy un niño pequeño que observa desde la terraza cómo un grupo numeroso de estudiantes, tomados de la mano, rodea el coche que lleva el ataúd que contiene el cuerpo de Bello. Detrás, una multitud que no cesa de desfilar ante mis ojos, una mirada que retiene esas imágenes.

Muchos años después, Jorge Isaías me cuenta que él es uno de esos estudiantes que rodea aquel coche fúnebre, tomado de la mano de un compañero, de una compañera. ¿Isaías alza la vista y cruza la mirada con el niño? Quién sabe. Eso es un misterio. Como Tournay en París. Como Bello y Blanco en Rosario. Como la multitud.

El misterio/ en su propia/ intemperie/ nos sostiene. (¿Es la poesía?, Jorge Isaías).

Diarios (rosarinos) de bicicleta

El cronista recorre la ciudad, pedalea, descubre olores, retiene imágenes. La vida real.

Texto y fotos: Jorge Salum

El semáforo de Oroño y Pellegrini se pone en rojo. Alguien con una caja mediana en un brazo y tres turrónes en la mano del otro se acerca al primer auto detenido en la fila.

-¿Me comprás? Tres por treinta.

El conductor no le compra.

El siguiente tampoco.

Ni el tercero.

El semáforo cambia a verde y el vendedor se toma un recreo. Deja la caja en el suelo, se tira sobre el pasto de la rotonda, mete la mano en el bolsillo y saca algo. Es un auto de juguete. Un autito verde.

El vendedor de turrónes, que debe tener siete u ocho años, se pone a jugar acostado de espaldas al Museo Castagnino e imitando el sonido de un motor.

Contemplo la escena mientras voy en bicicleta. Día por medio, haga frío o calor, pedaleo por la ciudad y sus alrededores, incluso algunos caminos rurales. No soy el único: en la calle cada vez somos más los que vamos en bici, por necesidad o

porque simplemente nos gusta, aunque pedaleo por Rosario tenga una buena dosis de riesgo y aventura. Es que la ciudad es un lugar hostil para los ciclistas. Cualquier ciudad, y Rosario en especial, plantea desafíos para quienes pedaleamos. La culpa es de quienes la habitamos. La falta de espacio, el apuro, el individualismo extremo, la intolerancia, la ansiedad colectiva, la anomia, la inseguridad (y también la sensación de inseguridad), los conductores de vehículos a motor, el mal estado de la mayoría de las calles, la invasión de motos en las ciclovías: todo eso y mucho más conspira contra el placer de recorrer en bicicleta los mismos lugares por los que andamos en auto, en colectivo o a pie. Se me ocurre un silogismo: "Rosario no es una ciudad amigable para los ciclistas".

Pedaleo por calle Anchorena, en barrio Roque Sáenz Peña. Hay un carro tirado por un caballo. El animal es joven y está bien cuidado, al revés de muchos otros que todavía son utilizados para la misma tarea. En el carro van dos chicos: uno tendrá doce años y el otro no debe llegar a los seis. Ambos tienen guan-



tes. El más grande baja del carro de un salto. Con un segundo y acrobático movimiento se zambulle en el contenedor de basura. Rompe una por una las bolsas y en una rápida operación separa lo que le interesa: papel, cartón, plástico, vidrio. Arroja cada desperdicio en una bolsa distinta, todas acomodadas con prolijidad en el carro. Las botellas de plástico las tira al suelo y el nene más chico se pone a juntarlas. Las guarda dentro de otra bolsa colgada en la parte trasera del carro. Recoge hasta la última mientras su compañero de tareas revisa otra vez el contenedor para no dejar nada que les sirva. Cuando terminan, el nene más grande chequea que todo esté bien sobre el carro y una vez satisfecho se sube y le da la señal al caballo para que arranque. Todo transcurre en unos tres minutos y en ese lapso los dos chicos no pronuncian palabra, aunque hacen un perfecto trabajo en equipo que ojalá imitaran los gerentes del gobierno de Mauricio Macri o los funcionarios militantes del socialismo santafesino. Alrededor del contenedor no queda ni siquiera un papel sobre el suelo. Se van y un minuto más tarde detienen el carro frente al contenedor de la cuadra siguiente. Y entonces la tarea vuelve a comenzar.

Perros. Cuando circulo en bicicleta por la ciudad y los alrededores les presto atención a los perros. Me gustaría parafrasear a Gay Talese y afirmar que en Rosario hay, digamos una cifra al azar, 582.721 perros (Talese “contó” las hormigas de Nueva York en una crónica brillante que pueden leer en Retratos y encuentros), pero no es posible. A propósito de perros urbanos, creo haber descubierto algo: los que esperan el ocaso del día en las puertas de los cementerios son animales tristes. He llegado a preguntarme si perciben que los rodea la muerte. Pienso en un hermoso ejemplar marrón que vi dormir en el ingreso al viejo cementerio La Piedad, en Provincias Unidas y 27 de Febrero. Es enorme como un ternero y manso como la mirada de un bebé, pero a mí me pareció taciturno. Decidí que la próxima vez que pase por allí voy a detenerme un instante para hacerle una caricia.

En Córdoba y Donado un auto avanza lento por la avenida infestada de vehículos. De pronto pierde la línea, golpea contra

el cordón de la izquierda, se sube al cantero central y termina recostado contra una columna del alumbrado público. El conductor está inclinado hacia adelante, apoyado sobre el volante. No tiene heridas ni golpes visibles. No se queja. No se mueve. Minutos después llega la ambulancia. El dictamen médico es casi inmediato: “Paro cardíaco”. El hombre está muerto.



Hay olores que se huelen siempre al pasar en bicicleta por ciertos lugares de la ciudad. En la avenida Arturo Frondizi y Nansen el aire apesta a los restos de pescado que los trabajadores de una cooperativa arrojan a un contenedor de basura. Es un olor denso que parece flotar en diez metros cuadrados a la redonda. Cuando estoy a punto de pasar por allí contengo la respiración para atenuar el mal momento. Por fortuna pasa rápido.

Durante el verano, en la amplia curva del Gigante de Arroyito y el club Regatas Rosario el aroma almendrado de las pantallas solares transporta los pensamientos a una imaginaria playa marítima. Me agrada ese olor, que a veces también se percibe en la rambla Catalunya o cuando uno pedalea por el tramo que pasa por detrás del balneario La Florida.

Se siente olor a pan frente a las panaderías, a humedad frente a los edificios en construcción y a monóxido de carbono en todos lados, sobre todo en el túnel Arturo Illia, debajo del Parque España, y en el Celedonio Escalada. Un cartógrafo que se desplazara en bicicleta podría hacer un mapa de los olores de Rosario. El que se percibe en las proximidades del Paraná podría ser la síntesis de todos ellos.



Un amontonamiento de gente despierta mi curiosidad en una callecita del barrio Sarmiento. Parece que alguien ha cometido un hurto en una obra en construcción. Lo advirtieron los albañiles cuando llegaron temprano a trabajar. Vino la policía, primero un móvil, después otro y finalmente un tercero.

Al menos uno de los tres es lo que llaman “patrullero inteligente”. Ya pasaron dos horas y los vehículos policiales siguen allí, uno de ellos estacionado en doble fila y por lo tanto en infracción. Hay como diez agentes. Cada uno lleva en la mano un cuaderno y una birome. Cuaderno y birome parecen para ellos tan imprescindibles como el arma reglamentaria. Los policías van y vienen, hablan entre ellos, parece que intercambiarían información valiosa para esclarecer el caso de hurto. De vez en cuando uno anota algo, o hace como que anota. Alrededor se ha reunido una especie de tribuna: vecinos curiosos atraídos por tanto despliegue que quieren saber qué pasó, por qué están ahí, cuál ha sido el episodio de inseguridad esta vez.

-La semana pasada a una mujer le robaron la cartera en la calle, llamamos al 911 y el patrullero vino veinticinco minutos después-, comenta uno.

Los espectadores de la investigación policial que ahora observo desde mi bicicleta tal vez suponen que lo que pasó ha sido algo grave. Se percibe en sus miradas y en sus comentarios por lo bajo:

-¿Por qué hay tantos?-, pregunta otro vecino con una lógica que nadie se atrevería a poner en cuestión.

-¿A quién mataron?-, agrega un tercero como si fuese un hecho que hubo un asesinato. Los policías se comunican con una central, parece que reciben directivas, cuando cortan aceleran el paso y al rato otra vez todo vuelve a parecer una fotografía: un número inusitado de policías mirando la obra en construcción de donde alguien se llevó ladrillos o herramientas, y una cantidad de vecinos observando a los policías que miran la obra en construcción de donde alguien se llevó ladrillos o herramientas. Algunos vecinos se aburren y empiezan a irse.



Cuando era niño pedaleaba por los caminos polvorientos de la tierra colorada, entre montes de árboles autóctonos y pinos de especies trasplantadas para fabricar pasta de celulosa.



Iba desde mi casa en un paraje rural hasta el pueblo, un recorrido de subidas y bajadas vertiginosas que recorría en una Graciela para hacer la compra del día: el pan, la carne, la leche. Ida y vuelta eran doce kilómetros. Al llegar a casa las piernas latían como una bomba a punto de estallar. También el corazón. Es que, además del esfuerzo físico, en esos caminos misioneros acechaban ciertos peligros. Las serpientes, por ejemplo. Cuando superaba cierto tamaño, una yarará podía verse desde lejos y sólo había que esperar a que atravesara el camino y se perdiera entre los pastizales. Pero una coral era casi invisible y eso la convertía en algo temible. Muchos años después sigo pedaleando, aunque ahora recorro un paisaje urbano donde no hay árboles de treinta metros sino torres de cien y en el que acechan otras amenazas.



Fuma el chofer. Fuman los dos pasajeros. En el taxi con el que acabo de cruzarme en Mendoza y Wilde, cerca del Mercado de Concentración, no hay desacuerdos.



Horacio Quiroga, antes de ser el Horacio Quiroga que muchos admiramos, andaba mucho en bicicleta. Cuando aún vivía en Uruguay hizo una travesía desde Salto hasta Paysandú y luego redactó una crónica sobre ese viaje de dos días. Llevo años buscando una imagen de aquella aventura, sólo para saber cómo era la bici en la que pedaleaba el autor de Cuentos de amor, de locura y de muerte.



-¡Paños, paños!

Desde la bici escucho a un hombre que zigzaguea entre una horda de vehículos manejados por conductores ansiosos que esperan la luz verde del semáforo. En la mano derecha lleva una de esas franelas de color anaranjado que se usan para lustrar muebles o el interior del auto, y en el antebrazo derecho otra pila prolijamente acomodada. Cada vez que pasa frente a la ventanilla de un conductor saluda con un “buenos días” que parece fuera de contexto en la jungla en la que se mueve. Cuando el mismo conductor rechaza su oferta de paños a un precio módico (la mayoría la rechaza y, de hecho, ni siquiera lo registra), él repite otro gesto de cortesía infrecuente en la calle:

- Muchas gracias- dice.

Todo sucede en la esquina de Ovidio Lagos y Santa Fe a media mañana, cuando el tráfico es infernal y la gente, en sus vehículos o a pie, va muy apurada. El hombre que vende paños viste un traje gris, una corbata de un color rosa viejo y unos zapatos de punta marrones.



En bicicleta intentaron asaltarme debajo de la cabecera del

punto a Victoria. El ladrón me apuntó con un arma y gritó (es literal, aunque suene a lugar común):

-Pará o te quemó.

Me dio un culatazo en el casco. Siempre pensé que el revólver no funcionaba, que lo usaba para asustar, pero en los treinta segundos posteriores a ese golpe sobre mi cabeza sentí más temor que en toda mi vida: esperaba el tiro por la espalda mientras aceleraba hasta el límite de mis fuerzas. El ladrón se quedó con las ganas y gracias a unas indagaciones posteriores supe que robaba bicicletas que luego desaparecían en una especie de Triángulo de las Bermudas ubicado dentro del remanso Valerio. Había ciclistas que hasta conocían su apodo y era difícil pensar que la policía no lo conociera.

En bicicleta me caí mientras iba a 32 kilómetros por hora por la calle Comenius, en la parte vieja y bonita de Fisherton. Los huesos se soldaron bien con las cirugías, pero sé que los dolores se harán sentir para siempre.

En bicicleta conocí gente, canté, rogué por mi sobrino nieto de apenas meses de vida con cáncer, hice planes, organicé viajes, me emocioné por la belleza de algún paisaje del río, soñé travesías, tomé cientos de fotografías, discutí, pedí disculpas por una chambonada, fui al consultorio de mi odontóloga a que me sacara una muela, agradecí, visité a un amigo en Serodino, fui testigo de varios choques y un asalto, disfruté, me cansé, sufrí dolores de todo tipo.



Atravieso el parque Urquiza y veo a una pareja. La mujer está de espaldas y carga en brazos a un niño pequeño. Es gorda, viste la camiseta de Ñuls y parece físicamente muy fuerte. Él es más flaco y bajo, y tiene los antebrazos tatuados. Se besan, pero mientras lo hacen ella da un grito. Al principio no entiendo por qué. La escena se prolonga unos segundos y entonces todo queda claro. No están besándose como lo hacen dos personas que se quieren: él la está intimidando y la obliga a simular una escena amorosa para que nadie note lo que en verdad pasa. El chico al principio los mira con una expresión de angustia, pero al oír el grito de la madre cambia a una mueca de miedo. Cuando el nene empieza a llorar el montaje del beso termina. El hombre ya no puede evitar que varios testigos miremos y que incluso alguien llame a la policía.



Algunas veces pensé en proponer que una vez al año los amantes de la bicicleta podamos hacer el cruce del puente a Victoria. Como un maratón, pero en bici. Estoy seguro de que seríamos. Hasta podría ser un acontecimiento solidario, un encuentro de ciclistas para ayudar a alguien. Si fuésemos desde el Monumento hasta el peaje, ida y vuelta, ni siquiera habría que cerrar el tránsito, porque la calzada sobre el puente principal

tiene dos manos de cada lado. Sería emocionante ver la ciudad y el río mientras pedaleamos.



Subo por la avenida San Martín de Granadero Baigorria rumbo a Tifón, el destino preferido de casi todos los ciclistas aficionados de Rosario. Otra bicicleta va unos cien metros adelante. El ciclista lleva buen ritmo pese a que a esa hora el tráfico se asemeja a un volcán en erupción y obliga a ser cuidadoso. Lo alcanzo en una pendiente suave con casuarinas y casas bajas a los costados. Recién entonces advierto que el hombre pedalea con una sola pierna. La otra ya no la tiene, quien sabe desde hace cuánto y por qué. Cuando lo sobrepaso le digo algo amable y me devuelve una expresión de satisfacción por su esfuerzo.



Hay al menos dos motivos por los que pedalear puede convertirse en una actividad adictiva: el primero es el ejercicio físico y el segundo es que permite ver mejor el entorno, ser parte de él. Hay una cercanía con lo que se ve desde la bicicleta que algunas veces genera perplejidad y asombro.



Vuelvo a Rosario después de llegar hasta Zavalla por caminos rurales. En la entrada a Pérez veo a dos chicos sentados en el umbral de una casa. La casa, muy humilde, se levanta en un suburbio, donde la pobreza es más visible. Los chicos están vestidos con guardapolvos y por la hora es evidente que están por salir hacia la escuela. El nene se ata los cordones, sentado en el pequeño escalón que hay frente a la puerta de la casa. La nena trata de ayudarlo en esa tarea. Algunas gallinas merodean en torno de ambos y no se ve a nadie más, ni un padre ni una madre que salgan a despedirlos. Delante de la casa hay barro, mucho barro, y un charco de agua sucia. Sospecho que cuando salgan tendrán que pasar por allí, embarrarse como se embarran las gallinas. A último momento se suma a la escena un perro que llega corriendo y los olisquea.



Escribe el genial David Byrne en *Diarios de bicicleta* que recorrer las ciudades a pedal hace que uno se sienta más en contacto con la vida de la calle.



Un señor viejo y cansado pasea a un perro viejo y cansado por una vereda de Ovidio Lagos al fondo, cerca de la jefatura de policía. Caminan con la misma cadencia, renguean de la misma pierna, descansan mirando el suelo, acaso vencidos por el tiempo, tal vez resignados.



Andando en bicicleta por la ciudad vi cientos de escenas que por alguna razón quedaron fijas en mi memoria. Un artista callejero tocando el trombón en Lagos y Pellegrini. Un nido de hornero que estuvo por años en un poste del cerco perimetral del aeropuerto. Un albañil “construyendo” un barquito de papel y poniéndolo a navegar por un hilo de agua al lado del cordón cuneta, en Rioja casi Mitre. Un ciclista imprudente que circulaba con las manos sueltas del manubrio, auriculares en los oídos y el teléfono en la mano en Avellaneda y Montevideo. Una pareja de ancianos discutiendo en la calle en un sitio que no recuerdo.



La nena más grande no debe tener ni seis años años. La otra tal vez llegue a los cuatro. Cuando el semáforo en rojo detiene a los autos en Presidente Perón y Felipe Moré, en Villa Banana, ellas se ponen a trabajar. Desde la ciclovía donde me paro a mirarlas me parece advertir que ofrecen unas estampitas a cambio de lo que quieran darles.

Un patrullero de la policía santafesina estaciona donde están las pequeñas pero esta vez la situación se invierte: es uno de los policías el que les ofrece algo a ellas.

-¿Quieren agua?

Hace tanto calor que el sol inflama el asfalto y hiere los cuerpos. La gente va de mal humor y yo busco con la mirada desde qué sombra de los alrededores los padres controlan a las hermanitas.

El policía que va a la derecha le acerca a su compañero una botella de agua. Es una botella grande, de un litro y medio. Desde mi lugar veo que el agua está fría. La veo tan bien que casi llego a desear que el policía me convide.

El otro policía, el que maneja, le pasa la botella a la nena más grande. Ella, feliz, se atraganta con un par de sorbos y luego se la pasa a la más chica. Tiene que ayudarla porque para la otra nena, que es más chiquita, la botella pesa demasiado. Ella también toma unos cuantos tragos y luego devuelven la botella al conductor de la patrulla.

El policía toma un trago y se la pasa al compañero, que hace lo mismo. Las nenas se ríen, divertidas. Los uniformados también. Me parece ver que la nena más grande ofrece una estampita en recompensa y que el policía lo rechaza. Le dice algo y arranca. Las nenas vuelven a su trabajo.



“Cuando pedaleas solo se te va un poco la cabeza”, escribió un ciclista y periodista español en la maravillosa crónica de un viaje en bicicleta por los Pirineos, desde San Sebastián hasta el Mediterráneo. Se llama Ander Izaguirre y pienso que tiene razón.

GRUPO DE FACEBOOK LUCHA POR LA
PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO

“Basta de demoliciones”

Por **Horacio Çaró**

Ana María Ferrini es bajita, acomoda todo el tiempo su pelo crespo y encandila con sus ojos claros. Es profesora de Letras y licenciada en la misma disciplina, y no la une a la arquitectura otra cosa que una pasión secreta que fue aflorando en ella con los años pero desde muy temprano: la fotografía.

Sus padres, a quienes define como “buenos fotógrafos”, fueron los que le legaron su primera cámara, una Kodak de cajón. De allí en más ya nunca dejó de atrapar imágenes que guardó con celo y entusiasmo: “Sacaba fotos desde muy chica. Me gustaba fotografiar casas, sus fachadas, detalles de esos frentes, las puertas, sus herrajes”. Así desde su barrio natal, el Abasto, en Riobamba al 1200, Ana María comenzó un recorrido que la llevó por toda la ciudad, registrando esas prendas con que Rosario se venía cubriendo desde que era una pequeña villa, de la que poco iba quedando.

Hoy, antes de dar una primera pista del origen de su actual militancia preservacionista, cuenta que de aquel barrio, en esa cuadra donde nació, sobreviven la casa de su abuela “y dos o tres más”. Y agrega: “Había casas chorizo, impecables, fuertes, y otras que a mí me gustan mucho, estilo pompeyana –con patio y habitación a un lado y otro– y las medio pompeyana, como la de mi abuela. Salvo las que mencioné, actualmente están todas demolidas, dejaron paso a edificios de dos o tres pisos”.

Hace ocho años a Ferrini le cayó la

ficha de que habría casas que ya jamás podría registrar a través la lente de cualquiera de las cámaras que sucedieron a aquella vieja Kodak. Casas derrumbadas, demolidas, tiradas abajo por una pica indolente, sin otro motivo que el interés rentístico, sin clemencia por el valor patrimonial y/o arquitectónico. Trajes hechos jirones por una mano impiadosa.

Ese día tomó envió la idea de crear un grupo en la red social Facebook, un ámbito donde congrega a quienes, como ella, estuvieran decididos a interpelar a las autoridades y a la comunidad a partir de una aspiración que finalmente dio nombre al grupo: “Basta de demoliciones”.

Desde que el usuario ingresa al grupo, toma nota de qué va ese espacio “creado para valorar el patrimonio arquitectónico rosarino y bregar por políticas de resguardo y preservación”. Su fundadora repite de memoria el texto que da introducción a un recorrido inquietante, sublime, delicioso, por rincones de Rosario, algunos emblemáticos y archiconocidos, otros que están delante o encima de los ojos de transeúntes que se los pierden por mantener un ritual cabizbajo.

“Nuestra labor primordial es mostrar el patrimonio tangible e intangible, y denunciar demoliciones. Resaltamos la labor docente y de investigación a través del armado de álbumes, la recopilación de fotos, recorridos por lugares interesantes, charlas y jornadas donde se ponga en juego el patrimonio”. Eso le dice el grupo a quien ingresa por primera vez.

“Basta de demoliciones” también

apela a Bertolt Brecht: “Hay que tener el valor de escribir la verdad, pero además también hay que tener la perspicacia de descubrirla, el arte de hacerla manejable, la inteligencia de saber elegir a los destinatarios y la astucia de saber difundirla”.

Palabras destinadas a quien está a punto de iniciarse en ese derrotero que lo llevará a fachadas de casonas centenarias, a pequeñas viviendas de obreros construidas durante el primer peronismo, a detalles Art Nouveau esculpidos en puertas y ventanas de casas sin olvido.

Como dice Ferrini, las casas, los palacios, los edificios, dialogan entre ellos, y en el grupo las publicaciones abren diálogos entre sus miembros, que expresan sus inquietudes, a menudo en forma hilarante.

Uno de ellos, por ejemplo, subió al grupo el facsímil de una escueta carta de lectores que publicó un diario de la ciudad. En la misma le pedía a la intendenta Mónica Fein que, “ante la falta de inspección de los inmuebles designados como patrimonio histórico, de los que se desprende mampostería, con el mayor de los respetos le sugiero que, como instrumentó el sistema «Mi bici, tu bici», implante «Mi casco, tu casco». Con ellos, los transeúntes podrán circular un poco más seguros por las calles de la ciudad”. Puede mover a risa, pero es cosa seria.

Ferrini escribe una suerte de epígrafe que introduce a cada foto a álbum que sube al grupo. Una foto puede estar acompañada de un encabezado que describe “cabezas femeninas, entre ondas y flores (que) eran aplicadas a los frentes

de muchas residencias con fachadas, cuando no interiores de estilo Art Nouveau. Este rostro, como mudo testigo, espera la demolición de la casa, ya vallada, que aún se encuentra en cortada Ricardone y Entre Ríos”.

Resulta algo dramático pensar que uno puede estar viendo en esa foto el último aliento de una época, el postrero homenaje a un arquitecto que definió las líneas de esa casa a punto de ser derruida. La atemporalidad de las redes sociales genera un plus de angustia y zozobra: ¿alcanzará con salir corriendo, luego de ver esa foto, para hallar aún en su lugar esa cara de mujer?

Lo cierto es que el grupo no sólo encontró adhesiones y fervorosos colaboradores. Como todo emprendimiento que se apoya en la acción, en el hacer, ha recibido críticas de quienes piensan que toda demolición es un fracaso del grupo, que debería tener la obligación de evitarlas.

Ana María no se enoja, y lo explica con claridad: “Creo que confunden el carácter aspiracional del grupo, su impronta de denuncia, de espacio de advertencia al poder público y a los intereses privados del alcance del valor patrimonial, de la importancia de la preservación de ese patrimonio”.

La fundadora no se siente sola, más bien todo lo contrario, rodeada por más de cinco mil miembros, quienes con más o menos asiduidad suben álbumes con fotos de todo tipo del patrimonio arquitectónico de la ciudad, pero además llevan adelante recorridos guiados por los barrios de Rosario, o se reúnen para debatir alrededor de las edificaciones en riesgo de ser reducidas a escombros.

Para todas y todos hay un gesto de reconocimiento de Ana María, que recibe a cada nuevo miembro con suma cortesía. Y pone especial énfasis en recordar a un grupo estrecho de colaboradores: Cristina Dagatti, Adrián Pifferetti, Rubén Ri-



gatuso, Pablo Mercado, de quien destaca su teoría acerca de una especie de Código Da Vinci en torno de los nombres de las calles de Rosario que hacen al ideario de Caseros y de la Confederación.

Ferrini habla de una ciudad letrada, refiriéndose al diálogo entre edificios nuevos y antiguos, y de una convivencia entre ellos, al tiempo que también subraya la mirada histórica de Gustavo Ferneti sobre la similar relevancia que puede observarse en el patrimonio edilicio, desde las casas de lata hasta los palacios.

Además de preservar las edificaciones por su valor arquitectónico, para que la memoria siga acunando a la ciudad y la preserve de la maza, la pica y el martillo hostiles a toda memoria, habría que pensar en ese proverbial ausente en estas discusiones en torno de casas, rascacielos y palacios: el albañil, el obrero. Porque los protagonistas, al fin y al cabo, moraron en lugares que el presente torna memorables. Y la ciudad, además de sus inmuebles, está arropada con historias, muchas de ellas alucinantes y a la vista, otras que yacen bajo los escombros que

dejó una pica cruel.

Pero sus verdaderos hacedores fueron esos hombres que luego de cada jornada volvían a sus modestas casas y contaban a sus compañeras y a sus hijos que estaban construyendo tal o cual sueño ajeno. Ellos eran los únicos que podían testimoniar el origen mismo de esos sueños que les resultaban inalcanzables. Entonces es preciso volver a Brecht, a través de un fragmento de aquel exquisito poema llamado “Preguntas de un obrero que lee”:

¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas?

En los libros aparecen los nombres de los reyes

¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?

Y Babilonia, destruida tantas veces, ¿quién la volvió siempre a construir? ¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?

¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?

La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?

SEBASTIÁN VARGAS



Ana María Ferrini,
la creadora del
grupo en la red
social.

EL CASTILLO DEL POETA

Por H.Ç.

Si detrás de cada fachada pueden encontrarse infinitas historias, una de ellas paradójicamente surge desde las ruinas de lo que fue un palacio morisco, propiedad del poeta y dramaturgo murciano Vicente Medina, autor de la obra de teatro *El Rentó*, el poemario *Aires murcianos*, entre tantas otras.

Llegado a Rosario en la primera década del siglo XX —a comienzos de 1908 arribó a Buenos Aires—, “gracias a diversos empleos” Medina mejoró su condición económica”, pero Ferrini puntualiza que su trabajo en el viejo y desaparecido Banco de Monserrat fue el más destacado.

Como sea, en un momento pudo adquirir diez hectáreas en lo que por entonces se conocía como Pueblo Hume o Estación El Gaucho, y allí, en ese predio —actualmente su ingreso se encuentra en avenida Nuestra Señora del Rosario al 6400—, construyó una mansión de estilo morisco o moro, con una imponente torre, magníficos vitrales, apliques esmaltados, bancos hechos con sus propias manos de artista, que excedía por mucho el ámbito de la poesía.

Hombre de avería, creó un túnel que dice que el mito le permitía traer desde la zona portuaria —con extremo sigilo— licores y otras mercancías, sorteando los controles aduaneros y policiales. Mientras, entre 1916 y 1919, “ofrecía veladas literarias y conferencias”, citan sus biógrafos.

La muerte de su esposa en 1921 lo apabulló, y luego de publicar el libro *Compañera* —una colección de poemas cargados de profunda tristeza— en 1924 abandonó su empleo en circunstancias poco claras —se dice que fue acusado de quedarse con dineros del banco—, recorrió Sudamérica dando recitales de poesía y al volver enfrentó cargos ante la Justicia que lo llevaron a la cárcel y a tener que desprenderse de su castillo y la finca de diez hectáreas.

Ferrini cuenta, citando variadas fuentes, la historia de la transferencia de aquel castillo morisco de manos de Medina a Ricardo Caballero, quien fuera vicegobernador de Manuel Menchaca, la dupla radical que ganó las elecciones en 1912, inaugurando la ley Sáenz Peña de voto universal.

Sobre el cambio de manos de la mansión, Ana María remite a Alejandro Cirilo Caballero, sobrino nieto de Ricardo, quien recuerda algunos pormenores: “(Medina)...la construyó en 1900 y pico, más o menos, y mi tío, cuando era jefe político de Rosario —y Medina andaba con algunos problemas judiciales— se la compró en 1928”.

Parece ser que Caballero le resolvió esos enjuagues, y de allí la amistad con el murciano, pero también el traspaso del inmueble, que desde entonces pasó a ser conocido como “Monte Caballero”.

Medina murió en Rosario en 1937, pero aquel castillo, ya en manos de los Caballero, mantuvo su esplendor durante décadas, hasta la muerte del político en 1963. El costo de mantener tamaña propiedad, y la dispersión de toda la familia, hicieron que fuera decayendo poco a poco.

Alejandro Cirilo recuerda detalles de la edificación original: “El galpón y herrería para guardar los carruajes, las fuentes al frente de la casa. Arriba, en la terraza, un campanario que era una réplica de la Espadaña de Santiago del Arrabal, de España, con una enorme cruz de hierro labrada —que poseo— y una campana”.

Un domingo cualquiera de hace nueve años, la infidencia de un conocido político que Ferrini prefiere no nombrar, fue el principio de una depredación que hasta la fecha no cesa. En un artículo publicado por el diario La Capital se mencionaba la cantidad de reliquias y objetos que permanecían en el interior de la antigua casona, comenzando por unos libros incunables que el indiscreto dijo haber recuperado del abandono y el riesgo de que se arruinaran por la lluvia que entraba por los ventanales ya despojados de algunos de sus vitrales.

Los libros jamás fueron devueltos a la familia Caballero, pero el dato de lo que aún permanecía allí azuzó a depredadores, ladrones y simples seres dañinos, que arrasaron con todo, destruyendo y demoliendo aquella maravilla arquitectónica.

En la actualidad, hasta la tierra de ese predio es saqueada sin piedad, y sin que la provincia ni el municipio hayan intervenido a favor de preservar algo, pese a diversos pedidos de ayuda de la familia Caballero.



RAFAEL “NEGRO” IELPI

“Lo que más recuerdo es lo que no he visto”

Es uno de los poetas vivos más importantes de Rosario. “Yo creí que iba a ser inmortal”, dice a BARULLO, a los 80 años. Ielpi repasa su vida entera: una infancia pobre y soportable en barrio Echesortu, el ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras, crecer en la ciudad acotada —a la que describió como pocos como investigador de la vida cotidiana—, participar de la histórica experiencia de la Vigil. “Tengo otra suerte, porque la gente me recuerda más por la cultura que por la política”, reafirma el actual director del Centro Cultural Roberto Fontanarrosa

Por **Edgardo Pérez Castillo**

A sus 80 años, Rafael Ielpi mira hacia el pasado buscando respuestas. No fue la suya una infancia feliz y, sin embargo, vuelve sin dolor hacia los días en que la familia recorría el país siguiendo los pasos del padre ferroviario. No sorprende, entonces, que el poeta, escritor, historiador y gestor cultural rosarino cite al fotógrafo de BARULLO en la Estación Rosario Oeste. No en el cómodo departamento que alquila en el Palacio Fuentes, frente a alguna de las cuatro bibliotecas que resguardan sus cinco mil libros. Tampoco en el imponente Centro Cultural Roberto Fontanarrosa, que dirige desde hace más de 15 años. Ielpi decide retratarse en el viejo edificio de calle Paraná al 1300, el mismo desde donde en cada receso escolar partía para reencontrarse con su padre. El mismo al que llegaba junto a sus hermanas y hermanos en la culminación del verano para volver a alojarse en la casa de los abuelos paternos, para retomar las clases en una Rosario para él acotada. Una Rosario a la que comenzó a descubrir sobre el final de la adolescencia, y a la que le dedicaría vida y obra.

Nacido en El Maitén, Ielpi se radicó definitivamente en Rosario a fines de la década del 40, luego de que su madre los abandonara sin dejar rastros. Poco después, su padre

“La profesora de castellano en el Nacional un día me agarró y me dijo: «Mirá Rafael, vos tenés que dedicarte a escribir. Hacé lo que quieras, trabajá, pero no dejes de escribir»”

murió en un accidente ferroviario. “No tuvimos una infancia muy feliz en Rosario. Ni siquiera diría feliz... Siendo condescendiente podríamos decir que fue una infancia... soportable”, resumirá Ielpi, lanzado a recorrer aquellos primeros años de vida en la ciudad que lo adoptó para siempre.

Aunque poco hay para contar de esos tiempos iniciáticos: el mapa rosarino se circunscribe únicamente a la amplia casa tipo chorizo de los abuelos paternos. La calle era territorio casi inexplorado, excepto por las breves incursiones al baldío de San Luis y Cafferata o a la Estación Francesa de Córdoba y Cafferata, con el fútbol como pretexto. La escuela primaria y el Club Centro Progresista en San Juan

al 3600 completaban el escueto menú de opciones para el joven Ielpi.

–Hasta entonces, tu universo en Rosario era acotado.

–Muy acotado, eran esas cuadras de Echescortu. Después me fui de la casa de mi abuela a los 17 años, le dije que me quería ir, porque el tío y las tías que vivían en la casa no me trataban demasiado bien. Mi abuelo, que era un ser buenísimo, se murió al poco tiempo que murió mi padre. Era carpintero, más bueno que el pan. Y mi abuela una tipa de mucho carácter, seria, pero que nunca nos trató mal, y siguió llevando la casa cuando murió mi abuelo.

La llegada al Nacional 2 de Salta y Entre Ríos y el primer trabajo, en una fábrica de cuchillos e instrumentos de cirugía ubicada en Provincias Unidas y Godoy, fueron abriendo el mapa hacia nuevos territorios. Sentado frente a la mesa de algarrobo que ocupa el centro de un comedor enriquecido por decenas de cuadros (algún Grela, un Renzi), fotos y objetos, Ielpi rememora con precisión cada detalle. Su voz, firme, sólo se atenúa cuando, entrecerrando los ojos, rastrea algún nombre, algún dato que se esconde debajo de la bruma del tiempo. Pero Ielpi no deja que pasen por alto: historiador de oficio, dedicado a la preservación de los rasgos cotidianos del pasado, sabe que la vida está en los detalles.

Es por eso que Ielpi nombra. A Emilio Salgari, Julio Verne y Nikos Kazantzakis, autores que lo cautivaron cuando comenzó a navegar entre los cien o doscientos libros que conformaban la biblioteca familiar. Por eso nombra al austríaco Hermann Broch y *La muerte de Virgilio*, el libro que le voló la cabeza y lo confirmó como lector voraz. Elsa Muñoz, su profesora de castellano en el Nacional 1, es también nombrada, como la responsable de impulsar su vocación autoral: “Nos hacía escribir composiciones. A mí me encantaba y un día me agarró terminando el año, y me dijo: «Mirá Rafael, vos tenés que dedicarte a escribir. Hacé lo que quieras, trabajá, pero no dejes de escribir, porque tenés una gran vocación para la escritura». A partir de ahí me entusiasmé”.

Con ese impulso, finalizada la secundaria, Ielpi ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras. Y dejó finalmente la casa familiar. Así recaló en una pensión en San Luis al 800, donde ante la falta de disponibilidad de habitaciones individuales, aceptó la sugerencia de la propietaria de compartir una habitación amplia con un muchacho que, como él, estudiaba Letras. Fue entonces cuando conoció a quien sería otro de sus grandes mentores: Aldo Oliva. “El tenía

27 y yo 17. No sé por qué Aldo vivía ahí, porque tenía su casa en Oroño cerca del Hipódromo, donde su padre era un gran cuidador de caballos de carrera. Debemos haber vivido juntos como un año y medio, dos años, y Aldo me abrió la cabeza con la literatura, la ideología”, homenajea Ielpi, que recuerda además a profesores como David Viñas, Ramón Alcalde, Adolfo Prieto.

A partir de entonces, el estudio se alternó con trabajos y sucesos de lo más variados: el estudiante Ielpi trabajó como operador nocturno en Teléfonos del Estado a fines de los 50, en el 61 se casó con la escritora Noemí Ulla (con quien sostuvo una relación de amistad pese a separarse poco después), militó en el Movimiento de Liberación Nacional, fue empleado de la sección Licencias del Consejo Provincial de Educación y, más tarde, inspector de la Dirección de Asuntos Rurales (empleo que lo llevó a recorrer el sur provincial, a bordo de una Estanciera, constatando el cumplimiento del Estatuto del Peón). Hasta que, a fines de los 60, la escritura se convirtió en fuente de trabajo, primero en diarios como Rosario y Democracia, luego como parte del equipo de dirección de la Editorial Vigil junto a Jorge Riestra. Más tarde en la fundamental revista Boom, bajo el comando de Ovidio Lagos Rueda, quien le encomendó una investigación sobre el pasado prostibulario de Pichincha. Esa labor, compartida con Héctor Nicolás Zinni, terminaría convirtiéndose en su primer libro de carácter histórico: *Prostitución y rufianismo*, publicado en 1972. Dos años después, se estrenó la exitosa *Crónica cantada sobre La Forestal*, donde Ielpi volcó las vivencias de la infancia en los quebrachales.

–Contar el dolor ajeno, que no se perdiera aquello que estuvo tapado (en La Forestal, en el pasado prostibulario de Pichincha), ¿fue una forma de sanar algo de aquella infancia no del todo feliz?

–Sí, seguro... Yo ya soy grande, y te voy a decir la verdad: la orfandad no la sentí como una cosa desgarradora. Porque evidentemente uno mismo las cosas que les duele trata de no recordarlas. Como lo de mi mamá: me dicen cómo no me interesó buscarla... Sí, me interesó. Pero no la encontramos. Y ahora de grande, y sin darme cuenta casi, toda esa cosa de la infancia me ha vuelto, pero no como una pérdida, como un dolor, sino como una necesidad de entender, escarbar en ese pasado sin ningún resquemor. Casi sin dolor, incluso, pero con una gran necesidad de entender. Todo el mundo dice que la infancia es la edad de oro, para mí no lo fue...

“Nunca me gustó mucho sacar la cabeza del agua, no soy un tipo vanidoso pero en algunos aspectos que no tienen que ver con la función pública, sí: nunca me llamaron para ninguna antología de poesía, raras veces”

—¿Cuál fue tu edad de oro?

—Cuando me casé, tuve mis hijos... A mi mujer no la había visto más que alguna vez en la calle. La conocí el 20 de septiembre del 70, nos casamos el 21 de octubre del 70. Y estamos juntos todavía. Es para sentirse feliz si uno ha vivido todo ese tiempo sin zozobras. Podría decir entonces que uno ha vivido una época de oro. Y no somos ricos, no tengo casa propia, no tengo autos. Son cosas que a cierta edad empiezan a importar. Hay dos pensamientos que son ciertos: uno es que los adolescentes tienen un sentido dramático de la vida, lo otro es que muchos jóvenes se creen inmortales. Yo creí que iba a ser inmortal, entonces nunca aporté para la jubilación y

cobro 8 mil pesos... entonces tengo que seguir laburando.

Laburante, Ielpi asume la rutina como director del Centro Cultural Roberto Fontanarrosa, al que conduce con orgullo, pese a entender que lejos quedaron los tiempos de esplendor. “Cuando llegué, en el 2003, el centro cultural estaba bastante caído, la gente no lo tenía encarnado como un lugar importante. Sobre todo en los primeros años (porque después empezó a haber algunos problemas presupuestarios) buscamos cimentar el prestigio, también hacia el resto del país. Acá vinieron filósofos como León Rozitchner, José Pablo Feinmann, Tomás Abraham, Eliseo Verón, Beatriz Sarlo. La última conferencia de Borges en Argentina fue en el Centro Cultural. Después hicimos muchos espectáculos, se movió mucho. En estos últimos dos años se achanchó, por razones ajenas al director y los que trabajan ahí. Hubo una decisión de refacción edilicia que nos inutilizó dos pisos, nos acotó el espacio. Además, el año pasado se instaló la escuela de danzas, porque se le estaban cayendo los techos. Y la Municipalidad nos ocupa salas para hacer eventos.

—El centro cultural se convirtió en un centro multifunción...

—Exactamente. Y dejaron de hacerse congresos, porque estamos retrasados respecto de otros lugares donde se hacen congresos, no tenemos la misma infraestructura, no tenemos fibra óptica.

—Tras la recuperación de la democracia, en la intendencia de Horacio Usandizaga fuiste el primer subsecretario de Cultura de Rosario. Además fuiste concejal durante diez años por el radicalismo, en distintos períodos. En líneas generales, después de tanto recorrido, ¿te parece injusto tener que lidiar, por ejemplo, con la asignación de presupuestos para gestionar?

—A mí nunca me gustó mucho sacar la cabeza del agua, no soy un tipo vanidoso. Y no siento que me hayan ninguneado. En algunos aspectos que no tienen que ver con la función pública, sí: nunca me llamaron para ninguna antología de poesía, raras veces. Y soy un buen poeta de la generación del 60, sin dudas, uno de los mejores. Ahí sí. Pero en la gestión pública siempre se pelea. No quiero ser injusto, debo decir que los cinco secretarios de Cultura que tuve (Marina Naranjo, Chiqui González, Fernando Farina, Horacio Ríos y Guillermo Ríos) tenían improntas diferentes, cada uno con su librito. Y en realidad a mí me dejaron bastante libertad de acción. Si hubo restricciones presupuestarias, quiero creer que fueron para todos, no creo que

me hayan querido joder a mí. De todas maneras, el Centro Cultural es el más importante que tiene la ciudad, es el más accesible. Lo que me parece es que es un edificio del siglo XX, pero estamos en el siglo XXI y debería ser aggiornato, con la tecnología que se necesita. No es fácil, sé que gestionar no es fácil. Y tenemos un karma, que es el presupuesto municipal, que es exiguo para una ciudad como Rosario.

–En tu gestión como subsecretario de Cultura se sentaron las bases para una serie de políticas culturales que se mantuvieron a lo largo de los años. Una de ellas tuvo que ver con instalar una agenda de espectáculos en espacios públicos; la otra con la descentralización de actividades a partir de talleres culturales en los barrios. ¿Cómo llegaron a delinear esas políticas?

–Cuando asumí, habían pasado muchos años de represión, de dictadura, y no era fácil volver a enhebrar el tejido social de la ciudad. Pero la gente tenía una necesidad de hacer cosas, de expresarse, y eso me facilitó mucho las cosas. Cuando me convocaron me puse a meditar qué podíamos hacer. Y había experiencias interesantes: en Chile, en el gobierno de Allende, se habían creado esos tipos de talleres. En Buenos Aires estaba Virginia Aurie, que había hecho lo mismo. Me interioricé, pedí antecedentes, y entonces hicimos lo mismo. Después los espectáculos al aire libre eran una necesidad. La

–¿Sentís el reconocimiento de la gente?

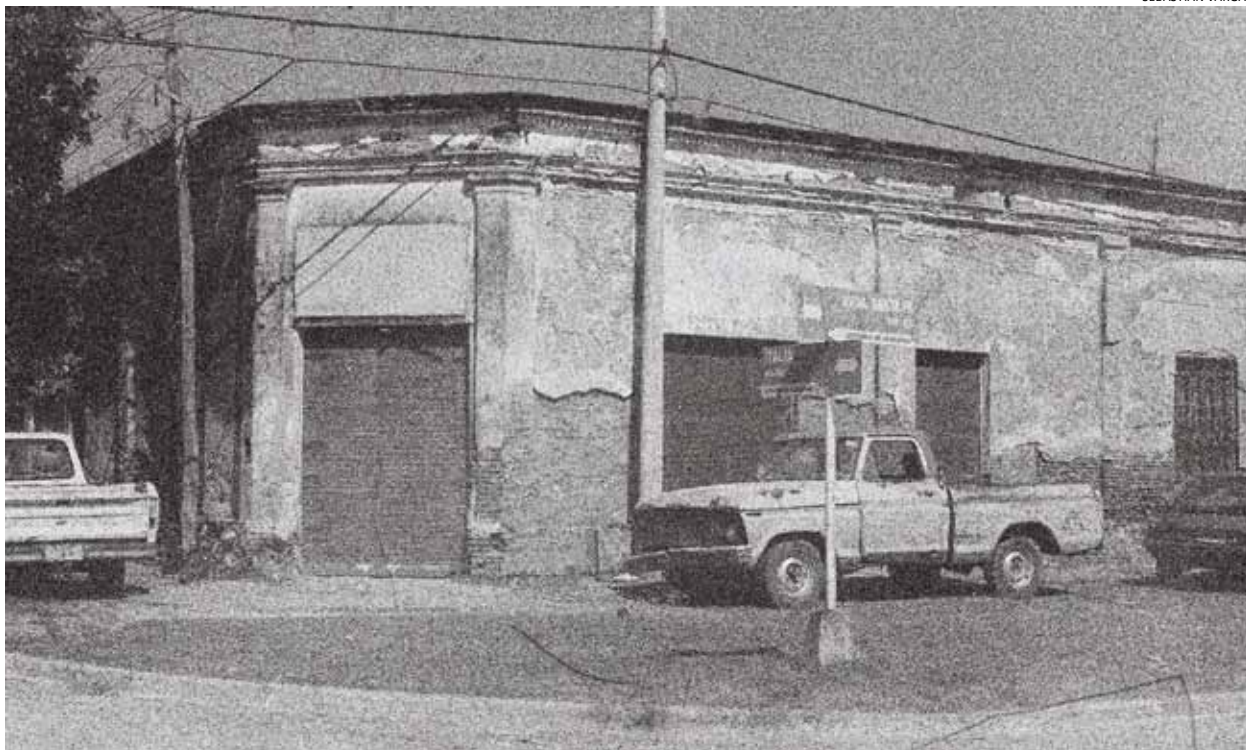
–Más que otra cosa, la gente en realidad me considera un escritor. Pero en realidad no he escrito narrativa, que sí te da una repercusión más inmediata. Mi producción es poética, y un librito de cuentos. Después lo que sí valoro mucho es la cosa de la investigación histórica, de la vida cotidiana. Yo siempre insisto en que no soy un historiador académico. Y los académicos, a los que somos divulgadores, a pesar de que tenemos seriedad y que investigamos, nos ven como una cosa lateral. En algún momento me rompió un poco las pelotas. Porque para mi investigación de *Vida cotidiana de Rosario* laburé como doce años. Hay una frase de Tomás Eloy Martínez, que puse en el libro, que dice: “Cada vez que me preguntan qué cosas del pasado recuerdo con más intensidad, contesto con una involuntaria paradoja: lo que más recuerdo es lo que no he visto. Así lo siento, exactamente: recuerdo lo que no he tenido, trato de incorporar a mi memoria lo que no sé. Y lo que más extraño (que es otra manera de nombrar lo que más recuerdo) son casi siempre experiencias colectivas en las que no estuve y que siguen conmoviendo todavía la imaginación de la gente. Sobre esas historias escribo: porque nada se recuerda tan hondamente como lo que no se pudo vivir...”. Todo eso no lo viví, pero me conmueve, me emociona.

“A los que somos divulgadores, a pesar de que tenemos seriedad y que investigamos, los académicos nos ven como una cosa lateral. En algún momento me rompió un poco las pelotas”

gente venía a pedir cosas. Creo que fue una buena gestión.

–¿Esa gestión es reconocida por tus pares, por otros gestores culturales?

–No, mejor no opino de eso... Pero, por ejemplo, Lifschitz en cada acto que he ido siempre que habló de la gestión cultural decía que todo eso nació con mi gestión. Con Binner no tanto... Pero tengo otra suerte, porque la gente me recuerda más por la cultura que por la política, y fui diez años concejal. No fui un concejal vociferante, pero fui un buen concejal.



La casa natal de Serodino fue comprada por el gobierno de Santa Fe.

En busca de la casa Saer

Por **Marcelo Scalona**

Es sábado, de mañana, paso a buscar al fotógrafo de la revista para ir a Serodino, 55 kilómetros al norte de Rosario, el pueblo, el nombre del pueblo, Serodino, que no tiene nada épico ni imaginario, simplemente el apellido del dueño de las tierras, 1886, don Pedro dona (se) algunos lotes y sin saber funda una comuna o un condado que integrará la constelación de pueblos imaginados o más bien fundados en la imaginación del escritor propio, nacido en 1937, el más chico de los Saer, el Juani, el turquito reservado y olfa, cuyas composiciones literarias ya eran tan deslumbrantes a los diez años, que de la escuela 258, que quedaba a pie, a veinte metros de su casa, la Casa

Saer, el almacén de ramos generales del abuelo, en Italia y Santa Fe, las mandaban al Ministerio de Educación de Perón, sexto grado, 1947, para que ya tomaran nota cómo escribía ese chico, ¿de dónde, cómo, el uso de la subordinada, el objetivismo, ese cambio de la percepción de no saber si algo es real, imaginado, recordado, desplazado o todo junto y más opaco y también más complejo?, pero ahí nomás, frente a la vía, pero al oeste, es decir, del lado de los pobres del pueblo, el mismo villorrio, igualito, parecido, al de los escritores favoritos del niño, otros chicos pálidos y graves, aunque remotos y lejanos, que hasta mintieron con sus propios nombres o los

de sus casas, Faulkner, García Márquez, Onetti, Yoknapatawpha, Macondo, Santa María, Paraná, el Rosario, Montevideo y Buenos Aires.

Ni bien llegamos al cruce en la Ribera, dejamos la autopista, suspendemos el mate y empalmamos la 91, y en seguida nos llama la atención la cantidad de ceibos (la flor argentina) que hay en la banquina izquierda o derecha según se mire, si uno va o viene, los 15 kilómetros al oeste rumbo a Serodino, los mismos que hacen a pie los hermanitos Saer en “La tardecita”, en esa módica aventura que remeda el viaje de Petrarca al Monte Ventoso con su hermanito, y es un espejo en la lectura, aquella y ésta, la mía de aho-

ra, de dos niños de 10 (Juani) y 14 (Jorge, el hermano mayor), un miércoles de Semana Santa de 1947, cuando esto era camino de tierra y había llovido, como llovía siempre en Macondo, porque llover hace funcionar la fantasía, altera el tiempo y la percepción de las cosas, vuelve más gris la derrota de la tierra baldía, del maíz seco, de la tierra siempre ajena aunque don Serodino regalara un par de lotes, y los cipreses negros detrás de la pared blanqueada del cementerio donde Juani tuvo miedo y Jorge le tocó la cabeza para tranquilizarlo, imperceptible, pero de forma tan segura y amorosa que él lo recordará 50 años después en la casa de María Teresa Gramuglio, en Caballito, cuando Barco sea el barco en tierra, que escribe, un año después de la muerte del ingeniero Jorge, su hermano, el químico, mi compañero docente cuatro años en el Colegio La Salle, 1984, donde yo era celador y él profesor de química, y todas las mañanas nos tocaba estar uno al lado del otro en el izamiento de la bandera, en el patio embaldosado y frío de calle Mendoza triple 4, cuatro años preguntándome si aquel hombre, idéntico al escritor de Cicatrices, y aun siendo su hermano, si lo era, si era el mismo, si era Saer, si siendo otro Saer acaso no podía contarme los secretos de la que ya me parecía, aunque no estaba seguro, porque yo entonces sabía poco, casi lo mismo que ahora, pero me parecía, y estaba casi seguro, que su hermano era, el otro, el que ya vivía en Francia, el mejor escritor argentino después de Borges, porque eso sí lo sabía, que todo lo que era escribirse en este condado imaginario de Moreno, Belgrano o Dorrego, Italia y Santa Fe, era la esquina de la Casa Saer, y había sido escrito por Borges y tenía que ser desde allí o después de allí, y que así habían sido sus primeros cuentos, “En la zona”, en la de Borges, aunque en el último capítulo,

“Algo se aproxima”, empezaba la bifurcada, la independencia y la pendencia, de disputarle al padre Borges o al abuelo Macedonio, el canon literario argentino, empezando por la novela, la casa grande o “La grande”, el edificio, este viejo almacén de ramos generales que es la patria, la Argentina, y que Saer supo escribir y derivar y abarcar y Borges no pudo, o no supo o no quiso, o supo y escribió, fiel a su estilo o su tono del pudor y la elipsis, insinuando en un puñado de huellas, la pulpería de Recabarren por ejemplo, tan parecida a la de los SaerAnoch, por las que empezó a caminar Juani y que nos trajo hasta aquí.

¿Pero dónde es aquí? ¿Dónde es hoy? Es Serodino, un pueblo de cuatro mil almas, típico pueblo agrícola de la pampa argentina, en el medio del mapa nacional y de Santa Fe, a 110 km de Santa Fe, que es donde se fueron a vivir los Saer en 1947, cuando vendieron la casa familiar construida en 1889, y emigraron a la capital, donde ya estaban archivadas las composiciones literarias del “turquito”, dice Abel Moyano, su compañero de primaria que aún vive en el pueblo, y que dice que Juani era olfa, y que incluso él y otros, los más traviesos, se burlaban o lo acosaban por ese encierro extraño en que vivía el niño escritor que ya rumiaba la soledad y la lucidez del mundo narrado, imaginado, recordado, en la epifanía de un poema aunque fuera un día de lluvia o después de haber llovido, igualito que Proust, aunque “La Mayor” de las veces Saer quisiera contradecirlo. Entonces me cruzo a la esquina de enfrente de la Casa Saer y hablo con Aníbal, el mecánico, que al buen día franco de la gente verdadera, agrega el mate y convida. Su propiedad es idéntica, gemela a la de los Saer. Le digo que vaya pensando en cambiar de

rubro, que allí estará el Centro Cultural Casa Saer, y que él deberá poner un bar y confitería para atender o recibir a los turistas literarios, alumnos, profesores, incluso hasta los críticos que se arriesgarán a tomar una cerveza algún día, y que vendrán a conocer a partir del año próximo o el otro, este lugar de archivo y divulgación de la cultura argentina que harán el pueblo y el gobierno de la provincia de Santa Fe, gestión Miguel Lifschitz, que acaba de adquirir la casa natal de Saer para construir allí una casa de cultura y de archivo y puesta en valor de unade las obras literarias más importantes del siglo XX y de América. Le digo a Aníbal que yo puedo ayudarlo con el nombre del bar, entonces, con Marcia Bredice, que nos acompaña y nos guía, profe de letras del pueblo, integrante del grupo Zona Saer, que tanto empujó el proyecto, hacemos un pequeño multiplechoice con los nombres o marcas saerianas: un bar Cicatrices, decimos, un bar Adelina, una confitería Glosa, aunque Tomatis, siempre Tomatis, termina llevándose todos los premios de aparición, discurso, incluso como una sombra detrás de un vidrio esmerilado que seguramente tendrán los baños de la confitería.

Ya pasado el mediodía, hay un solo lugar abierto en el pueblo para tomar algo, un bolichón que no es el Tokyo y que más bien podría ser el despacho de bebidas del abuelo de Nula, donde solamente hay porrón Brahma, pero eso sí, congelado, como se debe, y dos mellizos haciendo la tarea escolar en repuestos Mis Apuntes y carpetas con forro nidos de araña. La pátina de vejez o envejecimiento que a menudo tiene la prosa barroca y florida de Saer, la busca del tiempo perdido, de Santa Fe, de Serodino o de Rincón, y ya volviendo por la 91, ahora los ceibos están a la derecha, como el país, donde recurrentemente todo vuelve a la derecha y

¿Pero dónde es aquí? ¿Dónde es hoy? Es Serodino, un pueblo de cuatro mil almas, típico pueblo agrícola de la pampa argentina, en el medio del mapa nacional y de Santa Fe.



La luz del sol ilumina al Juani en una foto escolar.

no puedo precisar con exactitud y a tantos años si el Negro Ielpi me lo contó ayer o el mes pasado o en 2017, pero estábamos en una mesa de El Cairo (parecido a como será el Bar Tomatis de Serodino), cuando Rafael dijo: "Conocí a Saer en Rosario, a finales de los 50, en que yo iba a las aulas de la facultad de Filosofía y Letras y él empezó a viajar algunos días por mes para concurrir a la facultad, y conoció a su mujer Bibi Castellaro, que estudiaba Letras como yo y éramos compañeros de las grandes críticas argentinas, Josefina Ludmer y Gramuglio".

En esos interregnos de sus viajes o el relato de Ielpi, yo (éyo?) viajó a Santa Fe para encontrarme con Saer, con Hugo Gola y con Mario Medina, en la casa de la madre de Mario, aldeaña a un hotel alojamiento también propiedad de doña Natividad. Allí, en un amplio espacio poblado por una gran biblioteca y escuchando música los veo un fin de semana charlando y hablando de literatura. Un par de veces, la reunión tiene algún contertulio famo-

so, Roa Bastos y el viejo Juanele, que llega en la balsa desde Paraná, con sus pelos al viento y el cachimbo y su silencio y su aura fantasmal de velos diáfanos en un mediodía inexistente, y una visita inesperada, la de un joven escritor llamado Néstor Sánchez, que había publicado su primera novela, *Nosotros dos*, y me parece que es 1970, porque yo tendría nueve años y ninguno supo cómo aparecí allí en Colastiné, pero me dejaron estar porque era un crío que ya escribía callado y melancólico y alguna de mis composi-

Hablo con Aníbal, el mecánico. Su propiedad es idéntica a la de los Saer. Le digo que vaya pensando en cambiar de rubro, que allí estará el Centro Cultural Casa Saer.

ciones también eran enviadas al ministerio de papeles, metáforas y adjetivos.

No escribimos sobre lo que sabemos ni sobre lo que no sabemos, sino sobre lo vislumbrado y todos son recuerdos falsos para una memoria verdadera y sospecho que uno cambia para seguir siendo el mismo, premisas literarias de Juan José Saer, el escritor argentino más importante después de Borges. Después discutiremos en el bar Tomatis, enfrente de la Casa Saer, en Serodino, si el después de Borges es sólo cronológico o esencial o canónico.

Los ceibos no estaban en la banquina aquel día, la tardecita de 1947, porque si hubieran estado, hoy, ahora que los veo regresando a Rosario, esos árboles tendrían una forma más real que la del mundo, los ceibos estarían desde aquel miércoles de Semana Santa en la espesa selva de lo real del lenguaje y estaríamos hablando, o estaremos hablando o estuvimos hablando, siempre, del ceibo real de Saer.

PRIMERA INCURSIÓN EN EL MUSEO CASTAGNINO

Quando el tiempo se vuelve espacio

Por **Javier Núñez**

La única vez que estuve en el Museo Castagnino fue para un concierto de jazz, en el marco de un festival que tuvo lugar hace poco más de un año. Esa es toda mi experiencia previa: un concierto de jazz y centenares de domingos en los que pasé por la puerta de camino a la cancha. Aunque últimamente he visitado sin falta los principales museos de las ciudades a las que viajé, nunca antes había asistido a una muestra en el museo de la ciudad donde vivo: siempre hay un motivo para justificar la postergación. Como si de algún modo asociara los museos con una práctica turística que, por alguna razón incomprensible, se encontrara reñida con mi cotidianidad de residente. No visito museos ni subí nunca al Monumento. De modo que no me hace falta impostar una mirada como si porquelo que ocurre, cuando llego hasta acá, ocurre sin necesidad de simulacros: veo el Museo Castagnino por primera vez.

Lo primero que veo al atravesar la puerta de ingreso es el amplio hall, con una escalera revestida en mármol travertino que conecta las dos plantas. A mano izquierda, junto a la tienda, Castagnino —frente amplia y pelo prolijo, mirada templada y clara— me mira serio desde un retrato pintado por Alfredo Guido, sosteniendo sobre la falda sus guantes y el bastón. Parece a

punto de recriminarme la demora.

Lo saludo con una inclinación de cabeza imperceptible, como agradeciendo una invitación que tardé demasiado en aceptar.

La primera impresión —no sólo por sus líneas exteriores sino, sobre todo, por los espacios de exposición y su recorrido claro— es que, a pesar de sus más de ochenta años, se trata de un edificio moderno. Sus líneas y disposiciones resultan despojadas y prácticas, con salas amplias y sucesivas que proyectan un camino muy cómodo. Esto me lo hace notar J., que me acompaña, acaso, para compensar mi falta de conocimiento del tema. Ella enseña Historia del Arte en la Universidad. Viene con Aitana, de seis, que, como yo, carga un cuadernito de tapas duras. Yo lo traje con la vaga idea de apuntar algo sobre esta visita, aunque no sé bien qué; ella planea esbozar a mano alzada sus propias reproducciones de algunas obras. Es, de los tres, quien tiene más claro el sentido de su visita al museo: viene a ver las obras, a elegir, a improvisar un catálogo sin razones.

Hay que atravesar el pasillo y las salas sucesivas como quien

remonta una línea cronológica o navega a través de los años. Un museo también es eso: el tiempo vuelto espacio transitable. La forma del tiempo, hoy, son estas salas comunicadas como vagones de un tren que persigue su propia cola. En el marco de los 100 años de la colección Castagnino + Macro, la exposición *Un pasado expuesto: caminos del arte entre 1918 y 1968* curada por Adriana Armando y Guillermo Fantoni nos lleva por un recorrido a través de un arco de cincuenta años que aborda los derroteros estéticos y transformaciones de la colección patrimonial del museo. Una muestra que, a decir de sus curadores, se configura en torno a diez escenas que representan diferentes trayectos del arte argentino en el lapso aludido —con acentos en la ciudad de Rosario— y expresan algunas de sus variaciones estéticas, temáticas y de sentido. Avanzamos, así, entre escenas del tiempo.

Saco el cuadernito. No escribo nada.

Nuestro guía se llama Nahuel. Debe andar por los treinta y pico. Viste bermudas y usa unos lentes de marco grueso que le dan un aire amable a su mirada. En cada sala hace una descripción precisa del contexto, la época, el sentido. Se detiene en algu-

nas obras y nos invita a detenernos con él y a mirarla con nuevos ojos. Me gusta Nahuel porque habla con pasión, se entusiasma con las obras como si las mostrara por primera vez. Sus observaciones, y los aportes a media voz que también me hace J., son como destellos de luz que iluminan fugazmente mi desconcierto. A veces me detengo frente a una obra por una especie de entusiasmo estético puramente intuitivo —*La Chola*, de Guido; un paisaje portuario de Quinquela Martín; uno de los Juanitos de Berni—. En ocasiones coincide con las obras que destacan el guía del museo o mi guía privada, a veces no. Pero cuando sucede es como si esa obra que me atrajo hubiera estado apenas vislumbrada en la oscuridad, y un relámpago repentino iluminara aspectos que, hasta entonces, había sido incapaz de ver.

A veces, entonces, saco el cuadernito. Pero no escribo nada.

Primero avanzamos a través de una serie de paisajes de Fader y el cuadro *Riña de gallos*, de Jorge Bermúdez, premio adquisición del salón de 1917. Recorremos sin apuro el tiempo vuelto espacio. En el pasillo que nos lleva hacia el futuro nos encontramos con el primer nombre de mujer que aparece: el

ANDRÉS MACERA



Aitana, de seis, que, como yo, carga un cuadernito de tapas duras. Yo lo traje con la vaga idea de apuntar algo sobre esta visita, aunque no sé bien qué; ella planea esbozar a mano alzada sus propias reproducciones de algunas obras.

de Emilia Bertolé. Su presencia irrumpe y se desprende, profética: una pequeña postal que, en lugar de estar montada en la pared, se encierra en una caja de vidrio. En la década del veinte un retrato femenino pintado por Berni me depara la sorpresa de reconocer un estilo en la forma o el tamaño de unos ojos, y otra sorpresa cuando descubro cómo llegué a ese reconocimiento: se trata del mismo que forma parte del Museo Urbano y se luce en la medianera del Hotel Majestic. Más adelante me va a pasar algo parecido ante el cuadro *Con los pintores amigos* de Schiavoni —“ese lo conozco, lo veo todos los días cuando vuelvo a mi casa”, voy a decir—. Así compruebo, empíricamente, que la divulgación del arte en el espacio urbano también funciona y opera en silencio para dejar su huella.

Ya no saco el cuaderno.

Aitana, mientras tanto, ajena a nuestro recorrido, hace su propia selección, su curaduría infantil, mientras traza un camino alternativo que avanza a saltos por algunos años o se detiene, atraída, en períodos o estéticas que nosotros vamos dejando atrás. Se sienta en canastita, de frente a algún cuadro escogido, y esboza con trazos seguros de una birome negra sus reproducciones que van llenando, poco a poco, las hojas del cuaderno de tapas duras.

Después de la visita guiada nos quedamos apenas un rato más. Vemos las obras que se exponen en el auditorio y sobrevolamos la muestra que se expone en planta alta. Antes de salir hojeamos brevemente el libro de visitas, que a pesar de no tener más lugar continúa a disposición del público. Las últimas firmas encuentran su espacio en los intersticios del tapiz que forman otros mensajes o directamente fueron escritos contra el papel que forra las tapas. Los mensajes se parecen: desde tal lugar, desde tal otro, me gustó el museo, muy linda tal muestra. No escribo nada: nunca entendí muy bien cómo funciona o a qué obedece esa necesidad de registrar una visita en un libro que nadie lee. Pero asumo que uno firma los libros de visitas de aquellos espacios a los que no sabe si va a volver. Ciudades ajenas, lugares de paso. Por eso, tal vez, lo cierro sin registrar mi paso por acá: aunque me haya demorado en venir, igual lo siento un poco propio.

Salimos a la calle otra vez y a ese viento que peina palmeras en el bulevar, como dice la canción. Voy en silencio, pensativo o ausente: pienso en el pasado y los legados, en el tiempo como noción de forma y espacio, en paredes que en lugar de ocultar traslucen y ponen el arte en la calle. Pienso en tantas cosas que en ese mismo momento comprendo que acabaré por no encontrar nada. De golpe me sé irremediamente perdido. Lo digo. Digo que estoy perdido o que me perdí ahí adentro. Y entonces Aitana me muestra el cuaderno como si fuera una guía personal de nuestra excursión. Una réplica de *La Chola*, de Alfredo Guido: la

ANDRÉS MACERA



LA CÁMARA OSCURA

Las fotos para esta producción fueron realizadas por Andrés Macera, quien utilizó una “cámara oscura”. Dice Wikipedia: “Es un instrumento óptico que permite obtener una proyección plana de una imagen externa sobre la zona interior de su superficie. Constituyó uno de los dispositivos ancestrales que condujeron al desarrollo de la fotografía”. Macera, el fotógrafo, prefiere definirla como una cámara “sólo para mirar, era la que usaban los renacentistas para dibujar la realidad”.

mujer en pose de maja, la frutera, algunos detalles de la tela de fondo trazados en el aire en el papel en blanco de su cuaderno. Tres tejados y unos árboles para el *Paisaje toscano* de Olimpia Payer. El desafiante *Ritmo*, de Raquel Forner, sin dejar afuera el pez ni las espigas de trigo ni las uvas ni la sandía. Su propio *Retrato del pintor Musto* de Schiavoni, con los pinceles en la mano y la paleta al fondo. Y el *312* de Raúl Lozza —este fue fácil, dice señalando las cuatro figuras geométricas separadas—, uno de Renzi, las Magnolias, de Schiavoni otra vez. Dice que a lo mejor me ayude a recordar cuando quiera escribir sobre el museo.

Sonrí. Sonrí de verdad.

Sé, ahora, que no me queda sino aceptar ese itinerario y perseguir el hilo invisible que quedó registrado con trazo infantil en un cuaderno. A lo mejor un museo es el tiempo vuelto espacio transitable y una muestra no es más que un recorrido posible. Pero siempre hay otros recorridos íntimos, imprevisibles, que nos convocan de manera irremediable.

EN "MASSEDUCTION", LA TALENTOSA ST. VINCENT SE MUESTRA PROFUNDA Y ABRASADORA

Sexo, drogas y tristeza

Por **Carolina Taffoni**

A simple vista, o con un pantallazo de Wikipedia, St. Vincent parece demasiado perfecta. St. Vincent (el nombre artístico de la norteamericana Annie Clark) podría ser tranquilamente un hermoso producto de realidad virtual pergeñado por empresas de software que captan el gusto del rockero arty promedio: una mujer de 30 y pico que canta genial (fue comparada con Kate Bush); que es una virtuosa de la guitarra eléctrica; que te nombra influencias como Bowie, Robert Fripp y Patti Smith; que versionó *Lithium* de Nirvana en el Rock and Roll Hall Of Fame; que fue halagada por David Byrne (y después grabó un disco con David Byrne); que sacó su nombre de una canción de Nick Cave... Ustedes dirán: bueno, pará, es suficiente. Y sí. A veces esa data empalaga y uno quisiera tomarse el buque y dejarla a Annie sola en la cunita de oro de los críticos complacientes. Y que todos sean felices y se aplaudan entre ellos. A veces aflora ese sentimiento.

Pero resulta que Annie Clark es real. Muy real. Nació en Tulsa, Oklahoma, en 1982, y ya lleva editados cinco discos. Su cuarto álbum, *St. Vincent*, fue nombrado disco del año por The Guardian y la NME, entre otros medios, y eso, entre un montón de aplausos, la terminó de consagrar.

¿Qué tiene Clark? Lo que tienen (o quieren) casi todos los de su es-



pecie pero mejor: bases electrónicas -industrial y ambient-, guitarras rokeras, teclados ondulantes, melodías puras, melodías deformes y giros rítmicos extraños.

La primera vez que la escuché (creo que fue su tercer disco, *Strange Mercy*) me pareció fría y distante. Sonidos originales pero limpios. Letras irónicas. Una jugada demasiado calculada. Muy "rock de revistas", como decía un amigo. La segunda vez fue distinto. Ya desde el primer tema, su último disco, *Masseduction* (2017), sonaba profundo y abrasador. "Han gon me, han gon me / 'Cause you and me/ We're not meant for this world" (Agarrate de mí, agarrate de mí, porque vos y yo no estamos hechos para este mundo"). Así arranca *Masseduction*, y es difícil desengancharse.

Ella misma lo describió como un disco sobre "sexo, drogas y tristeza". Es bastante apropiado. *Masseduction* es menos barroco y más cercano

al cuerpo. Más pop, másailable y oscuro también. *Pills* habla de la adicción a los ansiolíticos de una manera cuasi liviana y divertida, hasta que cae por una pendiente suicida y melancólica. En *Young Lover* se siente la desesperación por un/a amante que aparece desmayado/a en la bañera de un hotel. En *New York* es palpable la soledad cuando canta, delicadamente: "Sos el único hijo de puta en la ciudad que puede aguantarme". Y en *Fear The Future* no hace falta leer la letra para entender el mensaje (las guitarras del final son la catarsis ensoñada que uno necesita). No voy a describir tema por tema porque es un plomo. Sólo diré que *Masseduction* está concebido como un álbum de la vieja escuela, con un concepto, una historia, y eso también lo hace poderoso. Al final esa intención queda muy clara con el mantra de *Smoking Section*, como corolario de una educación sentimental en la decepción y el volver a empezar.

Dios sabe que las voces femeninas no son precisamente "my cup of tea". Y menos si la referencia es Kate Bush. Y que este es un mundo cruel donde hasta los más elogiados por ahí desaparecen sin dejar rastro. Sin embargo este disco de St. Vincent me reconcilió con la esquiva idea de un presente disfrutable, más sustancioso que efímero y más excitante que histórico. Ojalá que haya muchos más que puedan disfrutarlo.

SALÓN NACIONAL DE ROSARIO

El dedo que señala la luna

Por Rubén Echagüe



Salí del Museo de Arte Contemporáneo de Rosario (Macro), portando conmigo el catálogo del 72° Salón Nacional de Rosario, que laboriosamente acababa de recorrer. Laboriosamente fui izado por el ascensor hasta el último piso, y laboriosamente descendí luego por las escaleras metálicas de ese edificio que, reflexioné, es tan aparatoso y poco útil como la pirámide de Keops: los “no iniciados” creen que los silos están repletos de obras de arte, pero no es así. El único espacio de exposición lo suministran los pisos superpuestos que se yerguen junto a los gigantescos cilindros, aunque para el *connoisseur* -sobre todo el porteño- esta escenografía levantada en provincias resulte encantadora.

Pero volvamos al Salón y a su humildísimo y a la vez ostentoso catálogo: ocho hojas A4 dobladas por la mitad, en las que se despliegan sesudas fundamentaciones teóricas y pormenorizados relatos explicativos, sin que los acompañe ninguna imagen. Por un capricho de la mente me viene a la memoria la pipa de Magritte donde el surrealista belga pinta una gran pipa, y escribe al pie: “Ceci n’est pas une pipe” (Esto no es una pipa).

No fue la primera vez que un pintor anotó algo sobre su propia obra: Jan van Eyck firma pomposamente el retrato del matrimonio Arnolfini en el eje medio de la composición, bajo la araña central, y a veces agrega a su

firma el humilde lema “como puedo”. Y tampoco faltó el retratista gótico que, para aventar toda duda sobre la identidad del retratado, no vaciló en estampar visiblemente su nombre y apellido en el fondo del cuadro.

Lo novedoso que aporta Magritte, sin embargo, es que a través de una frase en apariencia tan boba como “esto no es una pipa”, nos está alertando sobre un gravísimo error, que es el de confundir el objeto “real” con su representación convencional (en cualquier lenguaje que sea), y hasta con la palabra que lo designa. Para expresarlo mejor: una pipa pintada no es una pipa en la que yo pueda fumar en pipa, así como la palabra “pipa” tampoco lo es. Existe una parábola oriental según la cual cuando un maestro zen señala la luna, el más idiota de sus discípulos cree que el dedo es la luna...

Y en este catálogo todos son dedos señalando la luna, una luna que sin el auxilio de la interpretación, el comentario, la glosa, la exégesis, la teoría y la especulación filosófica -esto es, si la dejaran librada a sus propios recursos-, o desaparecería, o se tornaría patéticamente incapaz de brillar.

Aunque algunos estén convencidos de lo contrario, no soy enemigo del “arte contemporáneo”, y los artistas que, inscriptos en esa línea, fueron premiados por mí en certámenes en los que actué como jurado, pueden dar fe. Pero también debo reconocer -y el 72° Salón lo corrobora- que

esta ¿modalidad? artística, que ya es cuasi academia, sigue oscilando entre la desmaña más elemental y el preciosismo más alambicado, y con la brújula siempre apuntando hacia la novedad a ultranza: inadie hizo esto antes que yo!, isoy deslumbrantemente original!

No es de extrañar que un arte tan intelectualizado y hermético, tan arrogantemente autista y apegado a la (ya gastada) consigna de espantar -a-los-buenos-burgueses no pueda prescindir de la explicación adjunta, tal como lo evidencia el catálogo que tengo entre mis manos, y que no solo reúne los copiosos textos elaborados por jurados y curadores, isino también la justificación teórica que cada uno de los artistas participantes hace de su propio envío!

En su *Diccionario de las Artes*, Félix de Azúa alude a la etimología de la palabra “catálogo”, señalando que Kata y Logos en la antigua Grecia tenían un sentido similar al de “poner unos detrás de otros, los nombres de algunas personas o cosas para facilitar su búsqueda”. Le faltó agregar que el catálogo, hoy en día, es un manual de instrucciones -un “instructivo”, como el que acompaña a esos malditos electrodomésticos que vienen desarmados, y uno no tiene otra alternativa que ponerse a armarlos en su casa-, y que esa tediosa literatura se ha vuelto imprescindible para poder juntar los pedazos de la experiencia estética.

EN LA SALA OSCURA

La simulación compartida

Por **Leonel Giacometto**

El teatro es una discusión en presente. Siempre. Ocurre, y se va mientras estamos vivos. Si miramos con atención, el teatro está y sucede en todos lados, y no hay ninguna disciplina artística que se le parezca. Se cuele, se mezcla, se nutre de todo el arte y la vida, y hace comunión. Esto quiere decir que, aun siendo lo que uno (cualquiera) es (uno y muchos), el teatro hace ficción con lo humano vivo y presente. Y lo hace para los vivos, para los muertos y para los que están por venir. Pero, tanto más por su mezquindad y solidaridad, el teatro no sólo engendra artistas. Aunque esto no importa acá. El tiempo lo destruye todo. Para bien o para mal, más allá y más acá de todos los panoramas, inventos y virtualidades eléctricas y audiovisuales de hoy, el teatro se gesta, exclusivamente, desde y con lo vivo: es la suma y el resultado de los cuerpos cuando viven. Y sus hacedores son personas que comparten, desde afuera, al menos, los mismos prejuicios y virtudes de las organizaciones y cultos religiosos. Esto es la fe.

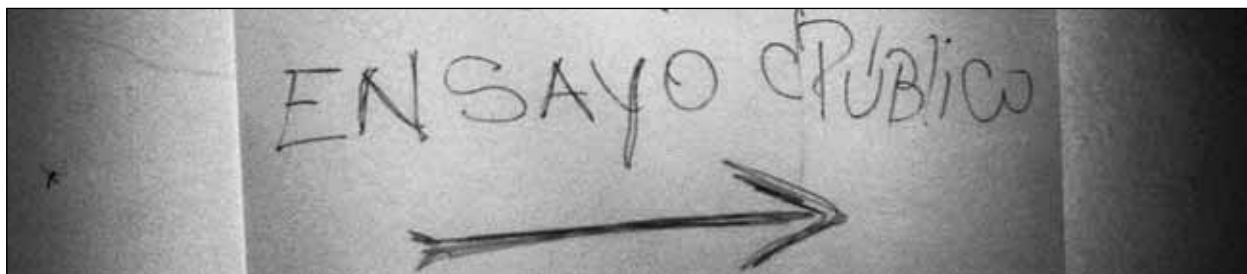
El teatro no se puede medir con los parámetros de la oferta, la demanda y el mercado, aunque esta cuestión siempre esté en un recelo permanente entre un público “neutral”, que sólo suma a una cifra para divulgar, o las veinte (o las cuatro)

personas que vieron “tal cosa aquella noche en ese teatro en la calle no me acuerdo donde un actor me hizo perder la noción de lo sensorial cuando movió no sé cómo las manos en la obra esa que no sé cómo se llama pero que no sé por qué no tiene más público si es lo más”.

A mediados de los años 50 del siglo pasado se lo llamaba “vocacional”. Más tarde, “independiente”. Hoy, lo independiente es un rasgo apenas nominal, ya que, en realidad, es un teatro bajo el amparo del Estado. Esto es un goce doloroso: desde 1998 existe el Instituto Nacional del Teatro (INT), que fomenta, subsidia y hace visible la actividad y sus hacedores, al mismo tiempo que los acerca entre sí, entre una región y la otra. Esto es a veces. El Estado también soterra, demarca e impone algo que, por ahora, ni en las provincias ni en CABA sabemos qué es: el teatro nacional. Este tipo de teatro que existe no sólo por un rango y status económico, sino como espacio de libertad casi total para que cada creador desarrolle sus manías, talento y formas de hacer vivo lo fingido -también se lo conoce como “teatro off”, pero esta es una cuestión sociogeográfica, casi tilinga-. Como sea, siendo el teatro que más cerca está, también es el más cuestionado, ignorado,

discriminado, anulado, invisible y manoseado en cuanto a su calidad y desarrollo frente (y contra, quizás) al monstruo industrial llamado “teatro comercial”, que además de teatro incluye en su hacer figuras, actores y personalidades venidas del cine y la televisión. Así, el derrotero actual del teatro que se genera en y desde Rosario expone su vastedad pero, al mismo tiempo, agita su propósito desde la invisibilidad y el conformismo.

Rosario es una ciudad atípica desde donde se la mire. Es casi la única ciudad del país que sin ser capital administrativa, política, burocrática y social resiste los embates de no ser pero, al mismo tiempo, ser. Quizás la cercanía con Buenos Aires siempre esté dándole sombra y tal vez sea esta la razón por la cual, artísticamente hablando, mucha gente de la ciudad se resiste a considerar la genética del artista rosarino con la misma legalidad del venido de afuera. Si uno le dice a cualquiera que hable de lo primero que se le viene a la cabeza si le dicen la palabra teatro, la cosa se pone rara. El territorio semántico de esa palabra es, casi, su propia esencia, una constante retroalimentación. El teatro se hace por repetición y por respuestas. De la repetición se puede hablar más adelante, en otro



momento quizás, pero las respuestas son las de las personas que generan el teatro donde viven, comen, duermen, aman, especulan, compran, gastan, se angustian, cogen, lloran, sonríen, matan, nacen, sufren, sienten y mueren. Siempre se está respondiendo a algo o a alguien en el teatro, consciente o inconscientemente. El teatro es una respuesta y hasta, a veces, es la respuesta a una pregunta que nadie formuló. Así de sordos andan algunos, también.

La tradición teatral de Rosario viene desde la década del 80 del siglo pasado y en ella operó (y opera) el procedimiento de creación teatral llamado “creación colectiva”, al que hoy, con más o menos virajes y argumentaciones, le dicen “dramaturgia del actor”. La idea de grupo como una junta no sólo de actores, sino como reunión de personas que compartían similares ideas y acciones frente al acontecer de la sociedad. La creación grupal fue la marca de la ciudad, y hasta se podría decir que hoy es lo que sigue imponiéndose por sobre la otra forma de hacer teatro, llamado “teatro de autor”. Todo el teatro argentino está dividido entre estos dos haceres. Pero, sobre todo, lo que primó y prima en Rosario, es la imagen del director como factótum de un teatro basado casi exclusivamente

en los cuerpos como generadores de sentido escénico, bajo la mirada y posición artística del que dirige. Sólo desde hace unos años apareció en la ciudad la noción de dramaturgo a la par de la del director. Pero, sobre todo, aquí el teatro son los actores.

Esta forma de creación, también, está y estuvo presente no sólo desde la educación no formal del teatro (talleres privados, seminarios), sino desde la oficialidad de las dos escuelas de teatro que existen en la ciudad, una con más visibilidad que la otra, quizás, pero activas las dos, con una fuerte marca sobre este procedimiento.

Hay tres generaciones de teatro a la luz pública semanal de las temporadas rosarinas hoy por hoy. Pero, y quizás esto sea así en otras ciudades con mayor o menor interrelación, se comunican poco entre sí. A esto se le suma algo que no enteramente podría ser definido como tribu, pero sí como asociaciones donde las disrupciones entre grupo y grupo no obedecen a tendencias o creencias teatrales, sino a cuestiones personales, anulaciones, y dimes y diretes que vienen siendo arrastrados desde hace décadas.

Esto contagia y se extiende hasta la crítica teatral: en algunos aún persiste el viejo concepto de que “la obra” sólo “existe” si es mirada por

el ojo experto. De aquí se desprende otra cuestión, que ya se viene viendo en casi todas las ciudades importantes del país: toda la crítica teatral en las provincias argentinas (si la hubiera) viene de la prensa, y hay muy pocos investigadores, revisionistas o teatrólogos que aborden el teatro rosarino como una tesis y no como un medio para ser querido u odiado. El paso a favor, inesperadamente, vino desde el diario La Capital, donde desde hace un par de años las críticas de teatro rosarino poseen el mismo sentido de convivio teatral que aquellas de las obras venidas de afuera. Afuera es Caba, siempre.

Si uno ve el bosque y no los árboles, resulta extraña la sensación de escasa predisposición al riesgo que hay en el teatro rosarino. El riesgo es ese territorio donde las respuestas se gritan en un presente esquivo, como seguramente fueron siempre los presentes del teatro, esquivos e invisibles para algunos, pasajeros y transitorios para otros, los buscadores de reflectores y otros destellos aún más pasajeros (pero mejor pagos y seguros). Y la cosa es corta, a fin de cuentas, ya que, en realidad, el teatro en su verdadera conciencia dura apenas una hora, más o menos, según muchos factores y variables. El resto es, apenas, una simulación compartida.

LOS DOMINGOS DEL PROFESOR

Nuestros años Aira

Por **Alberto Giordano**

El 23 de febrero, César Aira cumplió 70 años. Me resulta tan raro como que yo esté por cumplir 60. Cuando nos conocimos, él tenía 42. Eso es lo más extraño de todo, que aquella tarde en el café La Paz, cuando sentí que estaba en presencia de la literatura y no sólo de un escritor, él tuviera dieciocho años menos que los que yo tengo ahora.

En verdad, Aira ya representaba para mí a la literatura antes del primer encuentro, desde que lo había empezado a leer, y fue por eso que quise conocerlo. Las cosas podrían haber salido mal. No es raro que un autor al que amamos por lo que escribió nos decepciones al escucharlo en una conversación circunstancial. ¿Qué quiero decir aquí con “literatura”, para señalar en Aira los atributos de un representante eminente? Nada que tenga que ver con valores culturales prestigiosos. “Literatura” remite, en estos apuntes autobiográficos, a la idea de que el lenguaje —una frase o toda una historia— puede convertirse en algo que nos afecte inmediatamente, más acá de lo que significa, con la fuerza necesaria como para deslizarnos fuera del mundo, por un momento, y permitirnos entrever la presencia de otros mundos, acaso más reales o más encantadores que el que habitamos.

Aunque no hace literatura cuando conversa (sería espantoso), Aira se desplaza por la conversación como quien corteja la inminencia de lo inaudito —lo que nunca se nos hubiese ocurrido pensar de ese modo—, a través

del comentario de una curiosidad o el relato de una anécdota ligeramente extravagante. Para hacerlo, cuenta con dos recursos invaluable: elegancia expositiva y memoria prodigiosa, sobre todo cuando se trata de revivir sus hallazgos de lector. Por otra parte, es una de las personas más generosas y amables que conozco. A estas virtudes, antes que a la timidez, atribuyo su decisión de casi no intervenir en la escena pública. Para ponerse a salvo de los compromisos que podría contraer por haberse mostrado bien dispuesto, practica el arte de la sustracción preventiva.

Cuando nos encontramos por primera vez, en 1991, yo había viajado para invitarlo a participar en uno de nuestros congresos universitarios. Le conté que había dos chicas de nuestro grupo, Analía y Nora, que fantaseaban con escucharlo leer algo sobre Arlt (sabíamos que era uno de los pocos novelistas argentinos que admiraba). “Nunca me niego, si se trata de satisfacer el pedido de una dama”. Y escribió sobre Arlt, un ensayo titulado *Arlt*, en el que el mundo de Astier, Erdosain y Baldera parecía iluminado desde un punto de vista deslumbrante y soberano, completamente distinto a los de la crítica especializada. Había compuesto el ensayo según un método enigmático: “la introyección feliz de lo imaginario”, que consistía en haberse dejado alcanzar por el universo arltiano “en ráfagas de luz sombría, en visiones deliciosamente escalofrian-

tes”. La clase de método que inventan los escritores que saben exponer sus hallazgos y argumentar sus humores, y que los críticos después usamos hasta extenuarlos.

La primera vez que vino a Rosario para participar en uno de nuestros congresos, Aira escribió para nosotros. No sólo porque le dictamos el tema, sino porque el despliegue de su imaginación ensayística violentó sutilmente nuestros protocolos de lectores “competentes”, porque su escritura le transmitió a las nuestras entusiasmo e inquietud. Y lo mismo ocurrió durante más de quince años, en cada congreso, jornada o coloquio al que lo invitamos para conocer su versión sobre los temas que nos ocupaban (Puig, el exotismo, el ensayo, la intimidad, los diarios de escritores). Cada vez nos confrontó con la evidencia de que había otra perspectiva diferente a la del saber académico, más aventurada y perspicaz, para pensar lo que nos interesaba. Pocas veces se tiene la suerte de recibir regalos tan espléndidos. Confío en que habrá sentido nuestro agradecimiento, cada vez.

A un escritor con vocación de Monstruo, que el primer grupo en quebrar una lanza por su literatura haya sido el de unos profesores universitarios tiene que haberle provocado tanta gratitud como incomodidad (“¡qué pueden saber estos de literatura, si se dedican a enseñarla!”). De esa ambigüedad entrañable, imaginó, salió la novela de aventuras titulada *Los misterios de Rosario*.



San Cristóbal Seguros
está rumbo a cumplir 80 años
y la Mutual del Personal lo celebra
con acciones solidarias
y una amplia programación cultural.

RUMBO 80 nos propone una agenda
de actividades durante todo 2019
para festejar este nuevo hito
conectando a las personas con la cultura,
haciendo comunidad.



**Espacio
Multicultural**
MUTUAL DEL PERSONAL
GRUPO **SAN CRISTÓBAL**

Lunes a Viernes de 9 a 19hs. Italia 646. Rosario.



CULTURA PÚBLICA PARA TODO PÚBLICO

CONSULTÁ TODA LA AGENDA DE ACTIVIDADES CULTURALES EN
www.rosario.gob.ar/cultura

Rosario =